

Capítulo 30 – El nuevo comienzo.

Introducción

El Capítulo 30 es el penúltimo movimiento de nuestra gran sinfonía. El título del capítulo, "El nuevo comienzo", se relaciona con un comentario

que hizo Jesús en el último párrafo del Capítulo 29, donde se refirió al deshacimiento del primer comienzo del ego. El sistema de pensamiento del

ego tuvo su inicio en el instante en que elegimos escucharlo en lugar del

Espíritu Santo. Descendiendo la escalera de la separación a su inevitable

final en el mundo material de los cuerpos, llenamos nuestras mentes con

ídolos de especia-lismo, y continuamos nuestra discusión sobre estos ídolos

en el capítulo actual. Cambiar nuestras mentes a través del milagro nos

permite ascender por la escalera que el ego nos hizo descender. Este cambio

es el nuevo comienzo y, como Jesús nos dijo antes (T-16.VI.8:5), se necesita menos tiempo para deshacer el ego (el ascenso) que para establecerlo (el descenso).

También encontramos en este capítulo, así como en el último, un mayor

énfasis en el poder de la mente para decidir. De hecho, una de las secciones

más importantes de este capítulo es su apertura, "Reglas para tomar decisiones". Allí, Jesús mantiene su enfoque en la necesidad de volver al

tomador de decisiones en nuestras mentes, representadas en el gráfico por el

punto negro en la parte superior de la mente dividida (ver Apéndice): el

sitio del viejo comienzo cuando elegimos escuchar al ego, y del nuevo comienzo cuando reconocemos nuestra equivocación y elegimos de manera

diferente. Finalmente, discutimos el tema del propósito, que va de la mano

con nuestra capacidad para tomar decisiones.

Como es nuestra costumbre, comenzamos con una declaración del principio de Expiación. Hacemos esto porque el sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el castigo deriva su significado de la reacción del ego a la Presencia del Espíritu Santo en la mente correcta, la cual deshace la creencia en nuestro yo individual. La defensa del especialismo sin mente del ego constituye su intento de evitar que tomemos la decisión por la Expiación en lugar de por la separación.

El principio de Expiación.

Comenzamos con la respuesta del Espíritu Santo cuando nos sentimos tentados a apartarnos de Su Expiación, eligiendo en cambio poner nuestra

fe en el ego y su sistema de pensamiento de separación y especialismo. Este

es el mensaje de Jesús para nosotros:

(II.1:1-3) ¿No te das cuenta de que oponerte al Espíritu Santo es luchar contra ti mismo? Él sólo te dice lo que es tu voluntad; Él habla por ti.

En Su Divinidad radica la tuya.

Tomando prestado el título del Capítulo 23, “La guerra contra ti mismo”,

vemos que luchamos contra Quienes verdaderamente somos eligiendo la

idolatría, adorando un yo que es un miserable sustituto del Ser que Dios ha

creado. Cuando escuchamos la Voz del Espíritu Santo, elegimos recordar el

Amor del Creador que es nuestra Identidad como Cristo.

(II.1:4-12) Y del único conocimiento de que Él goza es del tuyo, que ha sido salvaguardado para ti a fin de que puedas hacer tu voluntad a través de Él. Dios te pide que hagas tu voluntad. Él se une a ti, pues no estableció Su Reino solo. Y el Cielo mismo, donde todo lo creado es para ti, no representa otra cosa que tu voluntad. Ni una sola chispa de vida fue creada sin tu grato consentimiento, tal como tú quisiste que fuese. Ni uno solo de los Pensamientos que Dios jamás haya tenido pudo haber nacido sin tu bendición. Dios no es tu enemigo. Él sólo quiere oírte llamarle “Amigo”.

Sucumbiendo a la tentación del ego de escuchar su voz, elegimos en contra

de la Voluntad de Dios. Es, por supuesto, imposible ir verdaderamente en
contra de la Unidad perfecta, razón por la cual el ego siempre fallará.
De
este error ontológico de desear estar separados y solos surge nuestro dolor y
nuestra miseria. Aunque nuestro sufrimiento se experimenta en el cuerpo,
permanece en la mente tomadora de decisiones: las ideas no abandonan su
fuente. Sin embargo, como una Idea que no ha abandonado Su Fuente, somos uno con la Voluntad de nuestro Creador, que es la nuestra propia. El
Amor de Dios y Su función de creación son también nuestras: la Vida se
extiende a Sí Misma, la bendición del Cielo que abraza al Creador y la creación como un Amigo - un Dios, un Hijo, un Ser.
(II.2:1-5) ¡Qué maravilloso es hacer tu voluntad! Pues eso es libertad. A nada más debería llamarse por ese nombre. A menos que hagas tu voluntad no serás libre. ¿Y hubiese podido Dios dejar a Su Hijo sin lo que éste eligió para sí mismo?
La proclamación de la libertad por parte del ego sólo es válida en los sueños
dualistas del mundo, porque ¿quién está ahí para ser libre, y de qué?
La
verdadera libertad es de nuestra voluntad (el título de esta sección es "El
libre albedrío"), lo cual significa que Causa y Efecto, Padre e Hijo, están unidos para siempre como una Voluntad, libres de todas las ilusiones de
separación. Como la Unidad solo puede extenderse a la unidad, nada existe
aparte de esta perfecta unidad de voluntades.
(II.2:6-10) Lo único que Dios hizo al darte Su perfecta Respuesta fue asegurarse de que nunca perdieses tu voluntad. Escúchala ahora, para que te puedas acordar de Su Amor y conocer tu voluntad. Dios no podría haber permitido que Su Hijo fuese un prisionero de aquello que no desea. Él se une a tu voluntad de ser libre. Y oponerte a Él es decidir
ir en contra de ti mismo y elegir estar encadenado.

Esta es la advertencia que el Espíritu Santo, la Respuesta de Dios a la separación, nos dio en el instante original en el que escuchamos tanto Su

Voz como la del ego, y nos tentamos a negar la verdad de la Expiación. Jesús nos consuela diciendo que cuando cedimos al señuelo de la individualidad y elegimos el ego, no pasó nada terrible porque la ilusión no

tuvo efecto sobre la realidad, ni sobre nuestra Identidad. Sin embargo, nuestra decisión por la mentalidad-errada ha afectado nuestra experiencia.

A partir de ese loco momento nos percibimos a nosotros mismos como no

éramos, sintiendo la pérdida de libertad y poder que inevitablemente siguió

a la elección contra nuestro Ser. Jesús continúa su argumento en la siguiente

sección, "Más allá de todo ídolo":

(III.6:1-2) Lo que Dios no conoce no existe. Y lo que Él conoce existe para siempre y es inmutable.

Dado que Dios no sabe acerca de la separación, no sabe acerca del yo individual que está en conflicto: ¿somos reales o ilusorios? Luchamos por

aceptar no solo un yo que no es quienes somos, sino un yo que no existe.

Una ilusión sigue siendo una ilusión, independientemente de su forma, y

Dios solo conoce el Cristo que es nuestro Ser eterno e inmutable.

(III.6:3-4) Pues los pensamientos duran tanto como la mente que los pensó. Y la Mente de Dios no tiene fin, ni puede haber un instante en que Sus Pensamientos puedan estar ausentes o cambiar.

Mediante nuestros intentos de cambiar la realidad del Ser, buscamos negar

nuestra Identidad. Tal locura es la fuente de todas nuestras dificultades y

enfermedades las cuales, aunque son ilusorias, son reales para nosotros

dentro del sueño, siempre y cuando nuestras mentes opten por permanecer

dormidas. La buena noticia de Jesús es que la realidad inmutable del Cielo

no se ve afectada por estos locos pensamientos de cambio,
sufrimiento y
muerte.

(III.6:5-7) Los pensamientos no nacen ni mueren. Comparten los atributos de su creador, y no tienen una vida separada aparte de la de él. Tus pensamientos están en tu mente, tal como tú estás en la Mente que te concibió.

Esto reafirma uno de los temas centrales de nuestra sinfonía: las ideas no

abandonan su fuente. Esto funciona en la realidad y en la ilusión. Como espíritu, permanecemos dentro de la Mente de Dios y nunca hemos abandonado nuestra Fuente; dentro del sueño proyectado, el mundo y el

cuerpo separados con los que nos identificamos nunca han abandonado su

fuentes que es el pensamiento loco de separación de la mente. Aunque el

principio de la proyección (las ideas sí abandonan su fuente) es una mentira,

el mundo no existe porque la separación nunca ocurrió – nada resulta de la

nada. En verdad somos un Pensamiento, una Idea en la Mente de Dios y la

Expiación enseña que, aunque podemos soñar con habitar un mundo aparte

de la realidad, esto no tiene ningún efecto sobre el feliz hecho de que permanecemos para siempre tal como Dios nos creó: una Unidad unida

cual Una sola.

(III.6:8-9) Por lo tanto, no hay partes separadas en lo que existe dentro de la Mente de Dios. Su Mente es por siempre Una, y está eternamente unida y en paz.

La Mente de Dios es la Unidad perfecta y "no hay partes separadas" en Su

Mente. Este tema de nuestra unidad como una Criatura de la Unidad se repite ahora con un énfasis creciente, en este movimiento y en nuestra conmovedora conclusión de la sinfonía.

(III.7) Los pensamientos parecen ir y venir. Sin embargo, lo único que esto significa es que algunas veces eres consciente de ellos y otras no. Un pensamiento del que te has olvidado parece nacer de nuevo en ti

cuando retorna a tu conciencia. Mas no murió cuando lo olvidaste. Siempre estuvo ahí, sin embargo, no eras consciente de él. El Pensamiento que Dios abriga de ti no se ha visto afectado en modo alguno por tu olvido. Siempre será exactamente como era antes de que te olvidaras de él, como seguirá siendo cuando lo recuerdes y como fue durante el lapso en que lo habías olvidado.

A medida que nos dirigimos hacia el ego, e incluso cuando elegimos claramente su locura, el Espíritu Santo amablemente nos dice: "No te enfades. Cuando las cosas sean particularmente difíciles y dolorosas, recuerda estas palabras: aunque eres libre dentro del sueño de creer que cambiaste la realidad y a tu Ser, tu verdadera Identidad como Cristo es inalterable, inmutable e invariable. Simplemente espera a que te despiertes del sueño y vuelvas a Él". A pesar de nuestra elección por la mentalidad errada, conservamos el recuerdo de que somos un Pensamiento eterno de Dios. Lo que olvidamos no ha abandonado nuestras santas mentes, y la Voz del Espíritu Santo nos susurra que recordemos que en cualquier instante podemos renacer a la Vida que nunca abandonamos. Solo en sueños podríamos abandonar nuestro amor y nuestro Ser.

En otras palabras, "no se perdió ni una sola nota del himno Celestial", el principio de Expiación que es la única verdad dentro del sueño ilusorio. Para mantener esta verdad fuera de la conciencia, el ego implementa su estrategia de ahogar el Pensamiento del Espíritu Santo, un tema difícilmente desconocido en nuestra sinfonía. El sueño secreto del ego del pecado, la culpa y el miedo proviene de la creencia de que destruimos el Cielo y también su Amor, mientras que el sueño del mundo surgió para "protegernos" del terror causado por la locura de la mente. A pesar de la aparente grandeza y la naturaleza casi infinita del universo, el hecho es que

es todo irreal. La realidad de Dios y Su Hijo no ha cambiado.
Pasamos ahora al miedo del ego al poder de la mente para elegir la Expiación, y continuamos con "Más allá de todo ídolo".
El miedo del ego a la Expiación.
Nuestra discusión comienza mirando los intentos del ego de ahogar la Voz
que nos dice que nada sucedió, porque lo que Dios no conoce no puede
existir fuera de Su Totalidad: la perfección no puede ver la imperfección; el
amor no reconoce el miedo; la unidad desconoce la separación. Esta verdad
de la Expiación amenaza nuestra propia existencia como seres especiales y
autónomos, y nuestra creencia en los ídolos mantiene esta defensa, un tema
que exploramos en el Capítulo 29 y que veremos nuevamente aquí.
Recuerda que ídolo es otro término para las relaciones especiales, el intento
de negar la incompleción que experimentamos cuando creímos que desperdiciamos nuestra compleción separándonos de la Compleción Misma. Buscamos completarnos a nosotros mismos uniéndonos con las cosas externas, esperando mágica-mente que suplan nuestra carencia y nos
traigan paz.
(III.1:1-2) Los ídolos son algo muy concreto. Mas tu voluntad es universal, puesto que es ilimitada.
Sabemos que el mundo es una ilusión porque es un lugar cosas concretas,
mientras que el libro de ejercicios nos dice que el estado natural de la mente
es la abstracción, por lo que Jesús se refiere a su no-especificidad (Lpl.161.2:1). Todo esto es una forma de decir que Un Curso de Milagros es
un sistema de pensamiento no-dualista. La unidad no-específica es la única
realidad, lo que significa que Dios y Cristo no son personas o seres Que son
distintos entre Ellos. En contraste, todo aquí es específico y distinto, lo

contrario de nuestra voluntad que es un sinónimo de nuestro verdadero e ilimitado Ser.

(III.1:3-4) Y así, no tiene forma, ni su contenido se puede expresar en función de la forma. Los ídolos son límites.

Lo ilimitado no se puede expresar en la forma, porque la forma es una limitación. Recuerda las palabras anteriores de Jesús (T-8.VII.7) cuando corrige el famoso comienzo del evangelio de Juan, "En el principio era el

Verbo... . Y el Verbo se hizo carne". Jesús nos dice que esto es imposible

porque, siendo espíritu, la Palabra de Dios (el Verbo) no puede hacerse carne: los dos existen en dimensiones mutuamente excluyentes de verdad y

falsedad. Reconocer que el espíritu no se puede expresar en la forma nos

muestra cuán diferente es este curso de la mayoría de las demás espiritualidades, contemporáneas y antiguas. Sin embargo, aunque el espíritu no puede expresarse directamente en el mundo, su unidad amorosa

se refleja a través del perdón y el milagro.

(III.1:5-10) Representan la creencia de que hay ciertas formas que pueden brindar felicidad, y de que, limitando, se consigue todo. Es como si dijeras: "No tengo necesidad de todo. Lo único que quiero es este trocito, y para mí será como si fuese todo". Y esto no puede sino dejarte insatisfecho porque tu voluntad es que todo sea tuyo. Decídetes en favor de los ídolos y estarás buscando perder. Decídetes por la verdad

y todo será tuyo.

Esta es la historia de nuestra vida cotidiana, conformándonos con las pequeñas cosas insatisfactorias del mundo. Detrás de la búsqueda de las

cosas especiales que nos harán completos está el desaire ontológico, cuando

le dijimos a Dios: "Tu todo no es suficiente. Queremos más que Tu Reino

de Unidad en el que nuestro yo especial no puede existir. Estamos estableciendo nuestro propio reino: ¡el opuesto del Cielo!" Esta declaración

de independencia quedó consagrada en el cuerpo, atrayendo a otros cuerpos

a él - como individuos y como grupos sociales, políticos, raciales y religiosos con una mentalidad-afín. Cuando finalmente nos damos cuenta

de que estos ídolos especiales de la nada fallarán, un precio demasiado

doloroso de pagar, cambiamos nuestras mentes y elegimos la verdad del

perdón de Jesús en lugar de las mentiras de ataque del ego.

(III.2) No es la forma en sí lo que andas buscando. ¿Qué forma puede ser un sustituto del Amor de Dios el Padre? ¿Qué forma puede ocupar el lugar de todo el amor que reside en la Divinidad de Dios el Hijo?

¿Qué ídolo puede dividir en dos lo que es eternamente uno? ¿Y se podría acaso limitar lo que es ilimitado? Tú no deseas ningún ídolo, pues ésa no es tu voluntad. Ningún ídolo puede concederte el regalo que

buscas. Cuando decides qué forma debe tener lo que quieres, dejas de entender su propósito. Y de ese modo, ves tu voluntad en el ídolo, reduciéndola así a una forma concreta. Mas eso nunca podrá ser tu voluntad porque lo que comparte toda la creación no puede contentarse

con ideas triviales o con cosas insignificantes.

Recuerda nuestro tema de forma y contenido. Nunca es la forma lo que nos

atrae, ya sea por dolor o por placer, sino su contenido subyacente: el propósito de mantener el sistema de pensamiento de la pequeñez y la limitación. Las formas cambiantes perpetúan el contenido del ego y, a menudo, bajo la ilusión de que este cambio ha sido significativo. Sin embargo, el único cambio verdaderamente significativo es de las formas

corporales de especialismo al contenido de culpabilidad de la mente errada

y después al contenido de perdón de la mente correcta. De esta manera

nosotros reflejamos la amorosa Voluntad del Cielo eligiendo despertar de la

pesadilla que sustituyó con lo limitado a lo ilimitado, con el conflicto a la

paz, con el odio al amor.

(III.3:1) Tras la búsqueda de todo ídolo yace el anhelo de compleción. Esto nos recuerda el "Busca, pero no halles" del ego, un tema que volverá en el movimiento final de nuestra sinfonía. Buscamos continuamente la plenitud para corregir el vacío y la carencia que sentimos dentro, pero nunca la encontraremos. Lo único que realmente nos completa es elegir al Maestro Que nos recuerda, a través de Su Expiación, el gozoso hecho de nuestra compleción como Cristo, que las ilusiones de incompleción y especialismo no han cambiado.

(III.3:2) Lo pleno no tiene forma porque es ilimitado. Aquí de nuevo hay una clara articulación del principio cardinal de la metafísica no-dualista del Curso que tanto aterroriza al limitado ego, siendo la declaración de su inexistencia inherente: Dios es, y no hay nada más. El espíritu y la forma no tienen nada que ver el uno con el otro, porque ¿cómo puede la verdad estar involucrada en el mundo ilusorio, independientemente de sus formas aparentemente santas? Para reafirmar lo obvio, Dios no puede saber acerca de la separación porque esta nunca sucedió. Aunque podamos experimentar los pensamientos de nuestra mentalidad-correcta como provenientes de Él (o de Su Voz), Él no interactúa con nosotros en el sueño. La verdadera ayuda proviene sólo del recuerdo de la mente, a través de la decisión de perdonar que nuestra realidad y nuestro Creador están para siempre fuera de los sueños de especialismo y pecado del ego.

(III.3:3) Buscar una persona o una cosa especial para añadir a lo que tú eres y así alcanzar tu compleción, sólo puede querer decir que crees que te falta algo que una forma puede proporcionarte. Este es exactamente el comportamiento que fomenta el ego. Reforzamos la

creencia en el principio de escasez (algo falta en nosotros) buscando en lo externo para hacernos completos o felices, ya sea que eso implique tomar una respiración porque nuestros pulmones requieren oxígeno, acurrucarse con otro cuerpo porque nos sentimos solos, o buscar en alguno de los ídolos del mundo para hacernos sentir especiales, pacíficos y seguros. (III.3:4-5) Y que al encontrarla, alcanzarás tu compleción en una forma que a ti te gusta. El pro-pósito de todo ídolo es éste: que no mires más allá de él a la raíz de la creencia de que te falta algo. Una vez más vemos el énfasis del Curso en el propósito, el tema de nuestra próxima sección. Es imperativo que veamos cómo el ego nos hace buscar ídolos para probar que la separación ocurrió. Esto hace que Dios esté equivocado y que el ego tenga razón, y muestra que podemos obtener lo que necesitamos de algo externo a nosotros, no de Su Totalidad y Amor. El verdadero propósito de los ídolos del mundo es evitar que miremos dentro de nuestras mentes, la única fuente de un cambio significativo. Por lo tanto, tomar conciencia de nuestro ser tomador de decisiones es vital para las enseñanzas de Jesús. La estrategia del ego de la ausencia de la mente vigila contra esta conciencia, ya que no podemos elegir de nuevo para poder cambiar una mente que no sabemos que tenemos. (III.3:6-7) Esto sólo podría ser cierto si hubieses pecado. Pues el pecado es la idea de que te encuentras solo y aparte de lo que es pleno. El ego nos dice que la separación es la realidad y nuestra incompleción es la verdad: la Totalidad de Dios ha sido comprometida y el yo especial es el efecto pecaminoso. Nuestra identificación con el cuerpo sin mente asegura

que esta creencia no será cuestionada ni corregida.

Jesús continúa su discusión sobre los ídolos, reintroduciendo otro tema del

Capítulo 29: no importa cuán reales y poderosos parezcan ser nuestros ídolos, ni cuán especialmente cruciales para nuestra salvación, nunca dejarán de ser juguetes de niños.

(IV.1:1) Atacarás lo que no te satisfaga, y así, no te darás cuenta de que

fuiste tú mismo quien lo inventó.

Caminamos atacando con rabia porque el mundo y sus contenidos no nos

dan lo que necesitamos, queremos y exigimos. No nos damos cuenta de que

nosotros, la parte tomadora de decisiones de la mente, inventamos el mundo

para que nos falle. La vida es nuestro sueño, aunque convenientemente nos

hemos olvidado de que somos su soñador.

(IV.1:2) Tu batalla es siempre con las ilusiones.

Como Don Quijote inclinándose ante los molinos de viento, luchamos contra algo que no existe. Nosotros luchamos con naciones, personas, nuestros cuerpos y microorganismos – todos los cuales no existen fuera del

sueño. Sin embargo, dentro de estos sueños locos, claramente somos derrotados. Seguimos buscando y no hallando, desesperadamente tratamos

de canibalizar lo que creemos que necesitamos para completarnos y hacernos felices, sin recordar que nuestra Fuente es lo único que pondrá fin

a la guerra y traerá la paz que nunca morirá.

(IV.1:3) Pues la verdad que yace tras ellas es tan hermosa y tan serena en su amorosa dulzura, que si fueses consciente de ella te olvidarías por

completo de tus defensas y te apresurarías a echarte en sus brazos.

Vimos esta idea antes (T-13.III). Si realmente supiéramos que no es la crucifixión sino la redención lo que temíamos, y que este miedo se basaba

en ilusiones, saltaríamos a los Brazos de nuestro Padre y el mundo desaparecería. Para asegurarse de que esto nunca suceda, como hemos visto

repetidamente, el ego fabricó el mundo para mantenernos sin mente y estar

a su vez protegido del poder de la mente para elegir. Aquí nuevamente vemos una declaración implícita del propósito, la motivación detrás de haber creado falsamente el mundo. El miedo del ego es que, si reconocemos

a la mente como el lugar de la salvación y el hogar de nuestra compleción,

nos apresuraremos a abrazarla. Su miedo, por supuesto, está bien fundado.

El mundo se desvanecería en su nada, y nuestro indefenso yo también se

desvanecería, poniendo fin a la separación que nunca comenzó realmente.

Reafirmando esto, para protegernos contra la inevitabilidad de nuestro regreso a la mente, continuamente elegimos estar sin mentes, instigados

por los ídolos del especialismo que prueban que hemos logrado lo imposible, establecer un hogar fuera del Cielo. Aunque en el fondo sabemos

que esto es una mentira, todavía nos esforzamos por preservar la ilusión. El

hecho de que nada aquí sobreviva a sí mismo es una prueba positiva de que

hemos fallado en nuestro intento de erigir una verdad fuera de la verdad.

Nuestros intentos de mantener la ilusión de la inmortalidad a través de inventar mitos de vidas posteriores, o de almas que sobreviven a los cuerpos, son simplemente testigos de la locura de tratar de fabricar un mundo de individualidad que sea opuesto a la eterna e indivisa Unidad del

Cielo.

(IV.1:4-6) La verdad jamás puede ser atacada. Y tú sabías esto cuando inventaste los ídolos. Los concebiste precisamente para olvidarte de este

hecho.

Fabricamos el mundo de los ídolos con el propósito de olvidar nuestra fuente en la mente y la Fuente en el espíritu, eligiendo no recordar la Expiación que dice que la verdad no puede separarse ni atacarse.

Nosotros

no podemos evitar temer la naturaleza intransigente de la realidad, la cual

contradice las afirmaciones de separación y el ser del ego.

(IV.1:7-8) Lo único que atacas son las ideas falsas, nunca las verdaderas. Los ídolos son todas las ideas que concebiste para llenar la brecha que tú crees se formó entre lo que es verdad y tú.

La brecha es el hogar de la diminuta y alocada idea. Rápidamente la llenamos con pensamientos de pecado y miedo, y luego simplemente los

cubrimos con la misma rapidez con el mundo idólatra de amor y odio especial. El ego nos dice que dentro de la brecha está nuestra culpa, detrás

de la cual se encuentra una deidad vengativa empeñada en destruirnos.

Nunca cuestionamos la locura patente de este pensamiento, no reconocemos

que en esta brecha sólo se encuentra la decisión equivocada de la mente,

que se corrige fácil-mente al elegir un maestro diferente. La amnesia de la

mente nos permite obedecer los dictados del ego que suenan como una

advertencia ominosa: "No vayas hacia adentro, ya que hacerlo significa una

muerte segura".

(IV.1:9-10) Y las atacas por lo que crees que ellas representan. Pero lo que yace tras ellas no puede ser atacado.

Los ídolos representan nuestra culpa oculta, la razón de nuestra necesidad

de atacar a todos y a todo lo que nos rodea, viéndolos como depositarios del

pecado que no queremos ver en nosotros mismos. El título de esta sección,

"La verdad que yace tras las ilusiones", descubre nuestro miedo de dejar ir a

estos ídolos, porque recordaríamos la verdad de nuestro Ser invulnerable e

inocente, olvidándonos del ser que hicimos como Su sustituto miserable.

(IV.2:1) Los dioses que inventaste – opresores e incapaces de

satisfacerte – son como juguetes infantiles descomunales.
De nuevo, esto vuelve a nuestra discusión sobre la imagen de los
juguetes
de los niños (T-29.IX.4-6), los objetos de especialismo que nos parecen
tan
reales y poderosos. De hecho, aunque es nada, el mundo contiene un
aparente poder tan grande que difícilmente podemos dejar de
sentirnos
atraídos por él, junto con nuestras vidas de sufrimiento y dolor.
Notamos la
percepción que Jesús tiene de nosotros como niños y niñas que creen
que
todo aquí es esencial para su felicidad, aunque la búsqueda de la
supervivencia del cuerpo es un juego agotador y decepcionante que
sólo los
niños delirantes jugarían.
(IV.2:2-7) Un niño se asusta cuando una cabeza de madera salta de
una
caja de resorte al ésta abrirse repentinamente, o cuando un oso de
felpa, suave y silencioso, emite sonidos al él apretarlo. Las reglas que
él
había establecido para las cajas de resorte y para los osos de felpa le
han fallado y le han hecho perder el “control” de lo que le rodea. Ahora
tiene miedo, pues pensó que las reglas lo protegían. Ahora tiene que
aprender que las cajas y los osos no lo engañaron, ni violaron ninguna
regla, y que lo ocurrido no quiere decir que su mundo se haya vuelto
caótico y peligroso. Es él quien estaba equivocado. No comprendió
bien
qué lo que lo mantenía a salvo y pensó que eso lo había abandonado.
Los niños se asustan con lo inesperado. Esto no es sorprendente,
porque la
mente programó el mundo para engendrar miedo. Dado que creemos
que la
ansiedad tiene causas externas, debemos aprender que lo que está
afuera
son meros juguetes: fragmentos proyectados de los juguetes secretos
de la
culpa que son los pensamientos imaginarios de la mente diciéndonos
que

hemos hecho lo imposible. La corrección de la Expiación – el principio de

que nada sucedió – contradice las reglas del ego para el mundo sin mente

que controla nuestro comportamiento y determina nuestros pensamientos y

sentimientos. Jesús nos enseña que el mundo "controlador" no es el problema, ni tampoco sus reglas nos restringen o protegen.

Únicamente la

mente determina nuestro destino, ya que decidirse por el ego o el Espíritu

Santo es la causa de todo lo que pensamos, sentimos y hacemos. En este

hecho radica nuestra única esperanza y protección.

(IV.3:1) La inexistente brecha se encuentra repleta de juguetes de innumerables formas.

No hay brecha entre nosotros y Dios, un tema que aparece con frecuencia

en estos capítulos finales. Habiendo escuchado la voz de la locura, creemos

que la brecha de la separación es real y es el lugar de nacimiento del pecado. Abrumados por la culpa de pensar que destruimos el Cielo, ocultamos este pensamiento detrás los juguetes de especialismo del ego.

Debería estar claro a estas alturas que el propósito del mundo es mantener

la brecha que está llena de juguetes de innumerables formas de nada. Estos

arraigan nuestra atención en el cuerpo y esconden con seguridad a la mente

detrás de las preciadas barricadas del odio.

(IV.3:2-10) Cada uno de ellos parece violar las reglas que estableciste para él. Sin embargo, ninguno de ellos fue jamás lo que tú pensabas que era. Y así, no pueden sino dar la impresión de que violaban las reglas de seguridad que estableciste, toda vez que éstas son falsas.

Más

tú no estás en peligro. Puedes reírte de los muñecos que saltan de las cajas de resortes y de los juguetes que emiten sonidos, de la misma manera en que lo hace el niño que ya ha aprendido que no suponen ningún peligro para él. Sin embargo, mientras le guste jugar con ellos,

seguirá percibiéndolos como si respetaran las reglas que él estableció para su propio deleite. Por lo tanto, todavía habrá reglas que dichos juguetes parecerán violar y como consecuencia de ello él se asustará. Mas ¿está él realmente a merced de sus juguetes? ¿Y pueden éstos realmente suponer una amenaza para él?

Cada ídolo de especialismo es esclavo del ego, y mientras permanecemos dormidos creemos que estos juguetes tienen el poder de traernos placer o dolor. Los juguetes infantiles del ego pueden volverse bastante serios en el sueño, y lo suficientemente poderosos como para causar efectos reales y amenazar nuestra felicidad y nuestra propia existencia. Pero al verlos con los ojos perdonadores que descansan en la verdad, nos damos cuenta gozosamente de que los juguetes de la culpa no tienen ningún efecto en la vida del santo Hijo de Dios, nuestro Ser. Fue solo la decisión de la mente de soñar, lo que dio a los juguetes el poder de herir o curar. Con Jesús felizmente a nuestro lado, nuestro nivel de confusión – entre mente y cuerpo – se deshace porque la vemos solo como una respuesta al dolor, y a la elección en favor del ego como la única causa del sufrimiento. El milagro es el medio que usa Jesús para corregir nuestra inversión en los ídolos del especialismo, como ahora leemos:

(VIII.2) El milagro da fe de que te puedes salvar de las apariencias al demostrar que éstas pueden cambiar. En tu hermano reside una inmutabilidad que está más allá de cualquier apariencia o engaño. Mas se ve nublada por tus cambiantes ideas acerca de él, que tú percibes como su realidad. Lo que constituiría un sueño feliz con respecto a él adopta la forma de una apariencia en la que él goza de perfecta salud, se encuentra completamente inmune a cualquier clase de carencia y está perfecta-mente a salvo de cualquier clase de desastre. El milagro es la prueba de que él no está limitado por ninguna clase de pérdida o sufrimiento, ya que todo ello puede cambiar tan fácilmente. Esto

demuestra que nunca fueron reales y que no pudieron haber surgido de su realidad. Pues ésta es inmutable, y no hay nada en el Cielo o en la tierra que pueda jamás alterar sus efectos. Es evidente, en cambio, que las apariencias son irreales precisamente porque pueden cambiar. Platón es el primer filósofo conocido que enfatizó la importancia de conocer la diferencia entre apariencia y realidad, y podemos ver su influencia en la enseñanza Neoplatónica del Curso. Los milagros devuelven la atención de la mente a su capacidad para elegir entre la verdad y la ilusión, entre lo inmutable en el Hijo de Dios y lo siempre cambiante en el ego. Más específicamente, el milagro nos permite reconocer la distinción entre la ilusión de la mentalidad-correcta (el perdón) y la ilusión de la mentalidad-errada (la separación). Ambas dan paso a lo verdaderamente inmutable: el perfecto Hijo de Dios, el Cristo que Él creó uno con Él. Dada esta verdad, ¿cómo podría él sufrir o ser vulnerable a una amenaza percibida? Aunque su cuerpo puede tener dolor y ataques de miedo, la figura de un sueño no siente. En sueños, sí, pero la mente curada descarta todos esos pensamientos con la simple verdad de que los sueños son falsos y, por lo tanto, no tienen ningún efecto.

(VIII.1) Las apariencias engañan, pero pueden cambiar. La realidad, en cambio, es inmutable. No engaña en absoluto, y si tú no puedes ver más allá de las apariencias, te estás dejando engañar. Pues todo lo que ves cambiará; sin embargo, antes pensabas que era real, y ahora crees que es real nueva-mente. De este modo, la realidad se ve reducida a formas y se la considera susceptible de cambiar. La realidad, no obstante, es inmutable. Esto es lo que hace que sea real y lo que la distingue de todas las apariencias. Tiene que estar más allá de toda forma para poder ser ella misma. No puede cambiar.

"La realidad inmutable", el título de esta sección, es el pensamiento de la Expiación que recorre este movimiento sinfónico como un motivo

reconfortante. Como la realidad de Dios y Cristo no se puede cambiar, el cuerpo que cambia debe ser una figura vacía en un sueño ocioso, una parte de un mundo sin causa que nunca ha sucedido. La realidad nunca puede engañar ni ser engañada, pero la mente que sueña con fantasías está, de hecho, equivocada en su creencia, habiendo puesto su fe en lo efímero y en lo cambiante.

Tentación es una palabra que ha aparecido de forma intermitente en nuestra sinfonía, pero cada vez se la menciona más en este y en el siguiente capítulo. Como se usa en el Curso, el término no se refiere a lo que normalmente pensamos de ser tentado por los juguetes especiales del mundo. Nuestra tentación real, de la que caímos presos en el principio, es

creer en las mentiras de la individualidad del ego en lugar de la realidad de la perfección de la Unidad de Dios: la culpa y el odio se vuelven preferibles al amor; y el conflicto preferible a la paz de Dios. Dada la tentación de escuchar las ilusiones del ego en lugar de su verdad, Jesús nos dice: (VIII.3:1-3) ¿Qué es la tentación, sino el deseo de hacer que las ilusiones sean reales? No parece ser el deseo de hacer que lo que es real

no lo sea. Sin embargo, es una afirmación de que algunas clases de ídolos ejercen una poderosa atracción que los hace más difíciles de resistir que aquellos que tú preferirías que no fuesen reales.

A medida que avanzamos en nuestras vidas, establecemos muchos ídolos en

intentos mal-adaptativos de encontrar un remanso de paz dentro de las

tormentas del odio y el miedo. Al hacerlo, no parece que este-mos diciendo

que queremos que la realidad sea una ilusión y que Dios esté muerto, sino

que simplemente expresamos el deseo por un cálido y reconfortante cuerpo

a nuestro lado, suficiente dinero para vivir sin cuidados, y un cuerpo sano.

Sin embargo, detrás de nuestro decir "quiero, quiero, quiero" esta el deseo

de probar que Dios está equivocado, que el Espíritu Santo nos engaña, y

que el ego es nuestro único y confiable amigo.

(VIII.3:4) Toda tentación, por lo tanto, no es más que esto: una plegaria para que el milagro no ejerza influencia sobre algunos sueños, y para que, en vez de ello, mantenga su irrealdad oculta y les otorgue realidad.

Nuestro deseo es que el milagro no sea todo-inclusivo, que no generalicemos su curación a todas las situaciones. La definición del mundo

del milagro, por supuesto, solo ha servido para hacer realidad la ilusión de

diferenciación, porque preferimos pensar en milagros externos que hacen

del mundo material una realidad. Esto explica por qué los estudiantes de Un

Curso de Milagros todavía pueden verse tentados a ver los milagros en el

mundo. Pero, ¿cómo pueden las cosas cambiar externamente cuando no hay

nada externo? Este es un ejemplo de la confusión de forma y contenido,

cuerpo y mente, de la que Jesús nos advierte, ya que queremos tener necesidades reales y preocupaciones mundanas que involucren a Dios y Su

Espíritu Santo. Si ese fuera el caso, sin embargo, habríamos demostrado con

éxito que la realidad es una ilusión y la ilusión es la realidad.

Hemos visto nuevamente el propósito del ego para la brecha: hacer realidad

la separación, y luego el mundo como una defensa contra el dolor que el

ego nos dice que está justificado por la brecha pecaminosa y asesina entre

nosotros mismos y Dios. Ascendemos por la escalera de separación del ego

al aprender un propósito diferente para el mundo de ídolos que la culpa había forjado, el foco de esta próxima parte de nuestra sinfonía. Propósito.

El tema del propósito es el foco de la sección "La nueva interpretación". El énfasis no se trata de renunciar al mundo de los ídolos – nuestros apegos especiales al cuerpo – sino de aprender a reconocer el propósito del ego para que podamos ver cómo los ídolos no nos sirven bien. Solo entonces nuestras mentes pueden estar abiertas a otro propósito para su existencia.

(VII.1:1-5) ¿Cómo iba a haber dejado Dios que el significado del mundo estuviese sujeto a tu interpretación? Si hubiese hecho eso, el mundo no tendría significado. Pues es imposible que el significado de algo cambie constantemente y que, aun así, sea verdad. El Espíritu Santo, ve en el mundo un solo propósito, el cual es eternamente inmutable. Ninguna situación puede alterar este objetivo, sino que tiene que estar de acuerdo con él.

Somos nosotros quienes elegimos el propósito y el significado del mundo, no al revés. El punto de Jesús es que, si bien compartimos el mismo propósito en el contenido, elegir el asesinato como el medio para lograr nuestras metas especiales, este no es el caso en la forma. Como el propósito de la mente para el cuerpo es ganar a expensas de otro cuerpo, lo que da sentido a este mundo es lo que nos permite triunfar sobre otro.

Además, algunos se emocionan por una cosa y otros por otra; por ejemplo, algunos creen que el propósito de ser pobres, los acercará más a Dios, mientras que otros creen que la riqueza y el éxito son las metas del Cielo para ellos. Cada

uno de nosotros tiene preferencias diferentes y nuestro propósito es lograr lo que pensamos que satisfará nuestras necesidades. Estos propósitos individuales dan a nuestro mundo proyectado todo el significado que tiene.

A pesar de estas diferencias específicas, tenemos en común el propósito subyacente de la mente de probar que Dios está equivocado y que el ego está en lo correcto. Jesús nos ayuda a ver que el verdadero significado y propósito deben ser uno (perdón) porque la verdad es una (amor). Cuando vemos más de un significado aquí, sabemos que el ego está trabajando.

Todo encuentro se vuelve santo (T-8.III.4:1) porque todas las situaciones pueden servir al único propósito de hacernos recordar nuestro santo Ser.

Percibir el mundo como una pantalla sobre la que proyectamos nuestros

“pecados secretos y odios ocultos” (T-31.VIII.9:2), nos da la oportunidad de

re-evaluarlos, reconociendo que estos pensamientos provienen de una decisión de la mente que ahora felizmente podemos cambiar.

(VII.1:6-8) Pues sólo si el objetivo del mundo pudiese cambiar con cada situación, podría cada una de ellas estar sujeta a diferentes interpretaciones cada vez que se pensase en ellas. Tú añades nuevos elementos al guion que escribes para cada minuto del día, y así, todo lo

que sucede ahora tiene otro significado. Elimina algún elemento, y el significado cambiará consecuentemente.

Este pasaje ilustra la locura del sistema de pensamiento de diferenciación y

cambio del ego. No hay confiabilidad en el mundo del ego, porque depende

de la inestabilidad para su existencia, habiendo comenzado con el inestable

pensamiento de la separación. Esta impermanencia de significado se

desvanece a medida que nuestras mentes cambian de maestros, permitiendo que la luz del perdón suministre el significado que perdurará hasta que recordemos nuestro Significado en el Cielo.

(VII.2) ¿Qué reflejan tus guiones, sino tus planes acerca de cómo debería transcurrir el día? Y así, determinas lo que es un desastre o un triunfo, un avance o un retroceso, una ganancia o una pérdida. Estos juicios se hacen en conformidad con los papeles que el guion asigna. El hecho de que de por sí no signifiquen nada queda demostrado por la facilidad con que estas designaciones cambian a la luz de otros juicios que se hacen acerca de diferentes aspectos de la experiencia. Y luego, visto en retrospectiva, crees ver otro significado en conexión con lo que

ocurrió previamente. ¿Qué has hecho realmente, sino demostrar que nada de ello tenía significado alguno? Mas tú le atribuías significado a la luz de objetivos cambiantes, que alteraban el significado a medida que dichos objetivos cambiaban.

Como veremos a continuación, primero decidimos el día que queremos

-

paz o conflicto - y luego percibimos eventos que facilitan o dificultan el logro de ese objetivo. El significado, por tanto, no miente en las formas específicas mismas, sino en el propósito que la mente les asigna. Es por eso

que nuestras percepciones de personas, objetos y situaciones, sin mencionar

nuestras reacciones a ellas, son muy variables. El hecho de que nuestras

necesidades estén siempre en constante cambio demuestra la inherente falta

de significado que le hemos dado al mundo. El propósito inmutable del perdón solo refleja el significado único del amor del Cielo, otorgando estabilidad y consistencia a nuestra experiencia aquí:

(VII.3) Solamente un propósito firme puede otorgarle a cualquier acontecimiento un significado estable. Pero tiene que otorgarle a todos ellos el mismo significado. Si a cada acontecimiento se le otorga un significado diferente, ello quiere decir que cada uno de ellos tiene un propósito diferente. Y ése sería todo el significado que tendrían. ¿Qué clase de significado sería ése? ¿Cómo puede ser que el significado de "significado" sea confusión? La percepción no puede estar fluctuando continuamente y al mismo tiempo tener un significado estable en

alguna parte. El miedo es un juicio que nunca está justificado. Su presencia no significa nada, excepto que sirve para mostrarte que escribiste un guion tenebroso y que, como resultado de ello, tienes miedo. Pero no porque la cosa que temes tenga de por sí un significado temible.

Solo hay un significado en el mundo desde la perspectiva de las mentes correcta y errada. Los diferentes propósitos que nuestros egos perciben, desmienten su propósito subyacente de probar que la separación es real. Las primeras lecciones del libro de ejercicios nos ayudan a darnos cuenta de que el mundo en sí mismo no tiene sentido, por lo cual ¿qué significado pueden tener las ilusiones? Somos los que proyectamos el significado en el mundo, y esto siempre será alguna expresión del miedo, el origen y el núcleo de los sueños. Sin excepción, los sueños del ego descansan sobre la mentira de que Dios nos castigará. Esto justifica nuestro miedo, siendo el juicio el criterio para la defensa del ego contra nuestras proyecciones llenas de pecado en el mundo corporal, la fuente del significado que damos a nuestras experiencias aquí. A pesar de estas percepciones sin sentido, el mundo se vuelve significativo cuando permitimos que el Espíritu Santo lo transforme en un salón de clases en el que aprendemos Sus lecciones de perdón. (VII.4) Abrigar un propósito común es el único medio por el que la percepción puede estabilizarse, y por el que se le puede dar una sola interpretación al mundo y a todas las experiencias que se tienen en él. En ese propósito común, todo el mundo y todas las cosas que ves comparten el mismo juicio. Ahora no tienes por qué juzgar, pues has aprendido que a todo se le ha dado el mismo significado, y te alegras de poder verlo por todas partes. Dicho significado no puede cambiar porque tu deseo es percibirlo en todas partes, inalterado por las circunstancias. Por lo tanto, se lo otorgas a todos los acontecimientos y

dejas que ellos te ofrezcan estabilidad a ti.
Incluso en medio del mundo de multiplicidad del ego, podemos ver el único propósito del perdón del Espíritu Santo en todas las cosas, reduciendo las multitudinarias formas de la ilusión a su único contenido de miedo. Desde ahí, el muy inestable mundo de nuestra experiencia personal se convierte en el sólido garante de la promesa de salvación. El primer principio de los milagros asegura que nuestras vidas se vuelvan simples: muchas formas, un contenido; muchos problemas, una solución. El milagro juzga que todas las situaciones brindan la misma oportunidad para recordar nuestras proyecciones, permitiendo que la mente tomadora de decisiones vuelva a elegir.

(VII.5:1) Librarte de juzgar radica simplemente en esto: todas las cosas tienen el mismo propósito, el cual tú compartes con todo el mundo. Acabamos de ver que todo el sentido que le damos al mundo proviene de un juicio de lo que es bueno y malo para nosotros, lo cual puede que no sea lo mismo para los demás. Dado que tenemos diferentes percepciones de lo que necesitamos, tenemos diferentes percepciones de lo que nos rodea. Sin embargo, el propósito de mentalidad-correcta del perdón – dejar ir el juicio – es el único significado para el mundo que nos liberará de la prisión de odio y miedo del ego.

(VII.5:2-6) Y no hay nada en el mundo que pueda oponerse a ese propósito, pues es el propósito de todas las cosas y también el tuyo. Tener un mismo propósito pone fin a todas las ideas de sacrificio, las cuales no pueden sino atribuir un propósito para el que gana y otro para el que pierde. Sin esta idea no podría haber pensamientos de sacrificio. Y es esta idea de que puede haber diferentes objetivos lo que hace que la percepción oscile y el significado cambie. Con un objetivo

unificado esto se vuelve imposible, pues tu conformidad hace que la interpretación sea estable y duradera.

Aquí vemos nuevamente este importante tema del sacrificio, tan claramente

articulado en los Capítulos 25 y 26. Jesús nos enseña que "nadie tiene que

perder para que otro gane", es "la roca sobre la que descansa la salvación"

(T-25.VII.12:1,7). La visión del mundo de la justicia es que alguien debe perder para que otro gane; nuestra felicidad se sirve mejor a expensas de

otros. Como hemos comentado, aunque compartimos el propósito común de

la muerte, tenemos diferentes propósitos, y estos difieren en cuanto a quién

queremos que muera (y cuándo y cómo) y quién queremos que viva.

Sin

embargo, el perdón deshace esta locura de las diferencias al realinear la

percepción en el único significado de los intereses compartidos en lugar de

los separados.

(VII.6:1-3) ¿Cómo se iba a poder entablar la comunicación mientras los símbolos que se usan tengan diferentes significados? El objetivo del Espíritu Santo ofrece una sola interpretación, la cual tiene significado para ti y para tu hermano. Y así, te puedes comunicar con él y él contigo.

Incluso dentro del sueño, la comunicación es posible porque hablamos el

mismo idioma del perdón del del Espíritu Santo. Esto no significa necesariamente que nos comuniquemos con otra persona externamente,

porque Jesús habla solo de la mente donde hemos creído erróneamente que

otros tienen que ser sacrificados al servicio de nuestro especialismo.

Nuestro maestro acentúa para nosotros el sistema de pensamiento de diferencias del ego, con su locura corregida por el Espíritu Santo al unir los

diferentes símbolos del mundo en Su única interpretación del milagro.

(VII.6:4) Cuando se usan símbolos que ambos podéis comprender se

deja de sacrificar el significado.

Los símbolos que entendemos son los del perdón: nadie pierde y todos ganan. Tu y yo somos hermanos caminando por el mismo camino. En consecuencia, no es el caso de que vuelva a casa subiéndome a tus hombros, empujándote al lodo de la culpa. El ego dice que esto es así, porque su nacimiento fue a través de la creencia de que le hemos hecho esto

a Dios. Sin embargo, las mentiras no establecen la realidad, ni pueden cambiar la verdad de nuestra inocencia compartida.

(VII.6:5-18) Todo sacrificio supone la pérdida de tu capacidad de ver la conexión que hay entre todos los acontecimientos. Pues si se observan por separado no tienen ningún significado, ya que les falta la luz bajo la

cual se pueden ver y comprender. Y así, carecen de propósito y no se puede entender cuál es su finalidad. Ningún pensamiento de pérdida significa nada, pues nadie está de acuerdo contigo con respecto a su significado. Es parte de un guion disparatado, que no puede ser interpretado de manera que tenga sentido. Siempre será ininteligible. Esto no es comunicación. Tus sombríos sueños no son más que los absurdos guiones que escribes por tu cuenta mientras duermes. No trates de encontrar significado en sueños de separación. Sólo los sueños

de perdón se pueden compartir, pues significan lo mismo para ti que para tu hermano.

El único sueño que realmente compartimos es el perdón, ya que su corazón

es el reconocimiento de la unidad inherente del Hijo de Dios. En nuestras

mentes sanadas debemos traer a todos con nosotros, porque no podemos

despertar del sueño a expensas de otro. Para repetir este punto vital, la

visión no tiene nada que ver con la forma o el comportamiento, sino solo

con la decisión de la mente. Nuestra percepción curada deshace el sistema

de pensamiento del ego que comenzó con la loca noción de que Dios tenía

que ser sacrificado para que pudiéramos tener el especialismo que

anhelamos, creyendo que era necesario para nuestra supervivencia. Una y otra vez nuestras relaciones especiales reviven el pensamiento ontológico del sacrificio y el ataque. La gente es importante en la medida en que nos dan lo que queremos, y esto establece el significado a medida que el ego lo juzga. Consideremos una vez más a los bebés, quienes perciben que sus padres existen únicamente para alimentarlos y vestirlos, limpiarlos, amarlos y darles felicidad. Son, en una frase, bocas abiertas que exigen ser alimentadas - física y emocionalmente. Desafortunadamente, nunca superamos esta forma infantil de interactuar con el mundo, y es la razón por la que Jesús continuamente se refiere a nosotros como niños. En resumen, el propósito del ego para el mundo es satisfacer nuestras necesidades especiales. El cambio de significado por parte del Espíritu Santo nos ayuda a reconocer que el valor de las personas no reside en sus características especiales. Su verdadera percepción mira más allá de las percepciones erróneas de las diferencias del ego, viendo todas las relaciones como ofreciendo la misma oportunidad de sanar la creencia de la mente en los intereses separados. Nuestra elección de la visión en lugar del juicio marca el nuevo comienzo de decidir con el Espíritu Santo en lugar de con el ego y el dolor da paso a la alegría de despertar a nuestra realidad como Cristo. El proceso para tomar decisiones. Comenzamos con la Introducción del capítulo y luego continuamos con la sección de apertura, "Reglas para tomar decisiones". A diferencia de las

otras secciones de los movimientos finales de nuestra sinfonía que están escritas en cada vez más bello verso blanco (versión en inglés), este tiene una tonalidad diferente. Aunque también está en pentámetro yámbico (versión en inglés), el lenguaje no se aproxima a la noble poesía de las secciones cercanas. Dado que su forma y contenido es más similar al libro de ejercicios, parecería que Jesús les estaba dando a Helen y Bill una pista del próximo libro a escribir.

El tema de "Reglas para tomar decisiones" es nuestro aprendizaje, tenemos una mente con el poder de elegir y, no hace falta decir que seríamos más felices si escogiéramos al Espíritu Santo como nuestro Compañero para tomar decisiones. Después, Jesús regresa al hermoso lenguaje que nos lleva al glorioso final de nuestro viaje, atravesando los tramos superiores de la escalera de la Expiación. Esta sección, entonces, puede verse como un interludio en el que Jesús nos dice específicamente lo que debemos hacer para anunciar "el nuevo comienzo" producto del cambio de maestros, aprendiendo cuán felices serán nuestros días cuando escuchemos su amable guía e instrucción.

(In.1:1-5) El nuevo comienzo se convierte ahora en el foco central de nuestro programa de estudios. No hay duda con respecto a cuál es la meta, pero ahora se necesitan métodos específicos para alcanzarla. La rapidez con la que la puedes alcanzar depende únicamente de esto: que estés dispuesto a poner en práctica cada paso. Cada uno de ellos te ayudará un poco más cada vez que lo practiques. Y todos ellos juntos te conducirán más allá de los sueños de juicios a los de perdón, liberándote así del dolor y del miedo.

El objetivo claro es aprender la lección de los intereses compartidos, dejando de perseguir los intereses separados que satisfacen nuestras necesidades a expensas de Dios y Su Hijo. El libro de ejercicios,

especialmente la Parte I, está orientado hacia nuestra práctica de la lección del día, cada una a su forma, reflejando el tema de escuchar la Voz del Espíritu Santo en lugar de la del ego. Nuestro nuevo Maestro solo necesita nuestra voluntad de caminar con Él a través de los sueños de juicio, que Él transforma en sueños felices o de perdón, los escalones hacia el objetivo final de dejar los sueños por completo.

(In.1:6) Ninguno de estos pasos es algo nuevo para ti, pero todavía son ideas más que reglas por las que riges tu pensamiento. Jesús nos está diciendo que, si bien podemos tener una comprensión intelectual de estas reglas y principios, tenemos que ponerlos en práctica. Él nos anima, cuando nuestros pensamientos se han retirado del especialismo del ego, a ser tan diligentes como podamos para unirnos con su lámpara del perdón que ilumina todo juicio. Nuestra práctica diaria facilita esta integración de intelecto y experiencia que nos eleva por encima el mundo y nos lleva a casa.

(In.1:7-8) Por lo tanto, necesitamos ponerlos en práctica por algún tiempo, hasta que se conviertan en las reglas por las que riges tu vida. Nuestro propósito ahora es convertirlos en hábito, de modo que estén a tu disposición en caso de necesidad.

Jesús se refiere al sobreaprendizaje, un concepto psicológico que aparece más tarde (T-31.I,III). Significa aprender algo una y otra vez hasta que se convierte en una segunda naturaleza. En este sentido, hemos sobreaprendido las lecciones, necesitando la práctica consciente cada día que deshará la creencia en las mentiras del ego. Jesús está pidiéndonos que estemos atentos a las tentaciones del ego de elegir la separación y el juicio

en lugar de la unidad y el perdón. Con este fin, proporciona siete reglas para tomar decisiones como ayuda en nuestra práctica, aunque solo hay una; las otras reglas están ahí para ayudarnos cuando olvidamos la primera. (I.1:1-2) Tomar decisiones es un proceso continuo, pero no siempre te das cuenta de cuándo las estás tomando. Cada instante nuestras mentes están decidiendo por el ego o el Espíritu Santo, tomando decisiones que tienen lugar fuera del tiempo, aunque se reflejan en el mundo temporal que creemos que habitamos. El propósito de esta sección, sin mencionar el del Curso en sí, es hacernos más conscientes de la mente que toma estas decisiones – no el cerebro del cuerpo – porque el ego ha mantenido esto fuera de la conciencia. Al exponer los velos de especialismo para que podamos ir más allá de ellos, Un Curso de Milagros nos ayuda a comprender el propósito del mundo de mantener oculta esta parte tomadora de decisiones de la mente. (I.1:3) Mas con un poco de práctica con aquellas de las que ya eres consciente, comienza a establecerse un patrón que te ayudará con las demás. Reafirmando esto, comenzamos a darnos cuenta de que no somos felices cuando decidimos ver a los demás como enemigos, o cuando hacemos un gran asunto de problemas inexistentes. Un conjunto [patrón] es un término psicológico (también utilizado en matemáticas) que aquí significa una actitud mental. El objetivo del Curso, específicamente en el libro de ejercicios, es ayudar a establecer una actitud mental que vea todas las situaciones como oportunidades para mirar hacia adentro, pidiéndole a Jesús que nos ayude a reconocer que lo que percibimos en el mundo es el

efecto ilusorio de la decisión de la mente. Por lo tanto, nuestro hermano mayor nos hace comenzar el viaje en el cuerpo sin mente, donde creemos que estamos, llevándonos a través de su milagro a la mente donde realmente estamos.

(I.1:4) No es conveniente que te preocupes por cada paso que tengas que dar.

En esta guía práctica y gentil, Jesús nos dice que no seamos tontos con nuestra práctica diaria. No es necesario mirar cada uno de nuestros pensamientos. Por ejemplo, no necesitamos reflexionar sobre cómo estamos

untando nuestras tostadas de desayuno. Untamos la tostada con mantequilla

y seguimos con el día. De lo contrario, inconscientemente usaremos esta

aparente diligencia como una distracción, defendiéndonos contra los pensamientos de ataque que realmente deberíamos vigilar, para verlos como

la causa de los perjudiciales efectos que diariamente plagan nuestras vidas y

nos traen dolor a nosotros y a los demás.

(I.1:5) Si adoptas una perspectiva correcta al despertar, habrás ganado ya una gran ventaja.

Abrimos los ojos todas las mañanas con este pensamiento feliz: "Este es

otro día en el que puedo asistir a escuela del perdón de Jesús". Su escuela

consta del aula que es nuestra vida, en la que nuestro recién contratado

maestro nos instruye. Utiliza el plan de estudios de nuestras relaciones especiales para servir como marco dentro del cual nos muestra que lo que

experimentamos afuera es una proyección de lo que primero hicimos realidad adentro. Sin las formas externas de estas lecciones, no tendríamos

posibilidad de reconocer la mente que ha elegido equivocadamente.

Nos

convertimos en alumnos felices (T-14.II) porque ahora nos despertamos con alegría, esperando los eventos del día que nos enseñarán cómo ser genuinamente felices. Sin embargo, cuando nuestros ojos se abren con el pensamiento, "Maldita sea, amanece otro día triste", es porque no queremos aprender las lecciones de Jesús, eligiendo la miseria en su lugar. Sin embargo, incluso esto puede ser una experiencia positiva si lo vemos como un enfoque de atención a nuestra resistencia al aprendizaje, que a su vez arroja luz sobre nuestra necesidad de ayuda, a medida que seguimos leyendo:

(I.1:6-7) Mas si experimentas gran resistencia y ves que tu resolución flaquea, es que todavía no estás listo. No luches contra ti mismo. Esta última afirmación está en cursiva para resaltar su extrema importancia.

Jesús nos dice que no luchemos contra el ego, sino simplemente que reconozcamos nuestro miedo: "Mi ego está conmigo y tendré un día miserable, que en mi locura todavía aprecio". Si podemos mirar esta elección de la mentalidad-errada sin juicio, habremos hecho bien. No luches contra ti mismo: no nos obligamos a dar un paso que aún tengamos demasiado miedo de dar, un paso que no creemos que nos ayudará. De ello se deduce, entonces, que no deberíamos intentar hacer algo porque pensamos que es espiritual, como meditar o hacer una lección de un libro de ejercicios. Ejercer una presión suave puede ser útil, pero luchar contra el ego simplemente lo hace más fuerte, el significado detrás del famoso mandato de las escrituras, "No os resistáis al que es malo" (Mateo 5:39). Cuando nos resistimos al mal, le damos realidad a su naturaleza ilusoria. Si aprendiésemos realmente esta lección, no habría guerras, ya que resistir al ego refuerza su débil sistema de pensamiento de poder externo, al cual mágicamente pensamos que podemos deshacer mediante la oposición y la fuerza.

(I.1:8-9) Piensa más bien la clase de día que te gustaría tener, y dite a ti

mismo que hay una manera muy fácil de que este mismo día pueda transcurrir así. Trata entonces una vez más de tener la clase de día que desees.

Jesús no está hablando del día en que ganamos la lotería o el objeto de nuestro amor sonríe de manera tentadora. Por lo tanto, él se refiere al día en

que aprendemos las felices lecciones de lo que significa ser perdonado – la

fuentes de la verdadera alegría.

Ahora la primera regla:

(I.2) (1) Este enfoque comienza con la siguiente declaración:

Hoy no tomaré ninguna decisión por mi cuenta.

Esto quiere decir que estás eligiendo no ser el juez de lo que se debe hacer. Pero quiere decir también que no juzgarás aquellas situaciones en las que te veas llamado a tomar una decisión. Pues si las juzgas, habrás establecido las reglas que determinan como debes reaccionar ante ellas. Y así, una respuesta diferente no haría sino causarte confusión, incertidumbre y temor.

Jesús nos advierte sobre tomar decisiones con el ego, una idea a la que volveremos al final de la sección. Creemos que sabemos lo que es mejor

para nosotros y luego le pedimos a Jesús que nos ayude a conseguir lo que

queremos. Esto es así incluso cuando nuestra petición parece altruista, como cuando le pedimos que sane a un ser querido. ¿Cómo podemos juzgar

verdaderamente lo que es mejor para los demás, y mucho menos para nosotros mismos? Tal conocimiento presupone la conciencia del camino de

la Expiación de todos los involucrados – pasado, presente y futuro (ver, por

ejemplo, M-10). Buscamos ayuda con arrogancia después de haber juzgado

cuál debería ser la respuesta. Y esto debe chocar con la verdadera respuesta

del perdón que está contenida en nuestras mentes correctas.

Confusión,

incertidumbre y temor es el resultado inevitable de tal conflicto y locura flagrante.

(I.3) El mayor problema que tienes ahora es que todavía decides primero lo que vas a hacer, y luego decides preguntar qué es lo que debes hacer. Y es posible que lo que oigas no resuelva el problema tal como lo percibiste inicialmente. Esto conduce al temor porque contradice tu percepción, de modo que te sientes atacado, y, por ende, furioso. Hay ciertas reglas mediante las cuales esto se puede evitar. Pero es inevitable que ocurra al principio, mientras aún estás aprendiendo a escuchar.

Todos somos expertos en esta estratagema del ego. Es por eso que Jesús nos

dice que no pidamos una ayuda específica que nos mantendría al pie de la

escalera. Al comienzo del viaje de uno, ciertamente es bueno experimentar

que Jesús está allí para ayudar en cualquier nivel específico que creemos

que requiere su ayuda. Sin embargo, esto no nos llevará muy lejos, porque

cuando le pedimos cosas específicas, le decimos con arrogancia que conocemos el problema y, por lo tanto, le exigimos que resuelva el problema que ya hemos definido. Así, nunca podremos reconocer que el

problema real es que creemos que tenemos un problema. Dado que esta no

es la respuesta que el ego quiere escuchar, nos ataca por traicionar nuestra

promesa. Sin darnos cuenta de nuestro miedo a elegir contra el ego, proyectamos esta traición percibida sobre otros a quienes condenamos por

nuestro pecado secreto, y a quienes luego tememos por sus presuntos ataques contra nosotros.

La segunda regla:

(I.4) (2) Siempre que te acuerdes de ello a lo largo del día y dispongas de un momento de calma para reflexionar, repítete a ti mismo nuevamente la clase de día que te gustaría tener, los sentimientos que desees abrigar, las cosas que quieres que te sucedan así como lo que quieres experimentar, y di:

Si no tomo ninguna decisión por mi cuenta, ésta es la clase de día que se me concederá.

Si practicas estos dos procedimientos debidamente, ello te ayudará a dejarte guiar sin temor, pues no permitirá que primero surja la oposición, para luego convertirse en un problema de por sí.

No se puede decir con demasiada frecuencia que Jesús no está hablando de la forma, como querer obtener un ascenso en el trabajo o hacer que una relación evolucione como deseamos. Su enfoque está siempre en nuestro estado mental, ya que es todo lo que hay. Incluso en medio de un estridente ataque de ego, podemos recordar que, si nos sentimos enojados, ansiosos o heridos, debe ser lo que hemos elegido sentir porque es nuestro sueño. Esta conciencia proviene del lugar de cordura en nuestras mentes, dándonos cuenta de que esta no fue una buena decisión. De esta forma, la causa del miedo – nuestra creencia en la separación – se deshace a través de nuestra elección por Jesús y su paz en lugar del sistema de pensamiento de conflicto y muerte del ego.

(I.5:1-3) Mas habrá ocasiones en las que ya habrás juzgado de antemano. En esos casos la respuesta suscitará un ataque, a no ser que rectifiques tu mente de inmediato para que sólo desee una respuesta efectiva. Ten por seguro que eso es lo que ha sucedido si no estás dispuesto a detenerte por un momento y pedir que se te dé una respuesta.

Necesitamos ser conscientes de cuánto no queremos la respuesta de Jesús, pero sí queremos secreta-mente nuestras respuestas a nuestras preguntas con el pretexto de pedir su ayuda. Podemos decir que, para nuestros egos, Jesús es el títere y nosotros el ventrílocuo, emitiendo su voz para que el

muñeco pronuncie la respuesta especial que fue dictada en secreto y oculta a la vista. Cuanto más conscientes podamos ser de esta dinámica sutil del ego, más fácil será dejar caer nuestras defensas contra el amor, aceptando que nuestro especialismo no funciona y que su única respuesta es la que realmente queremos.

(I.5:4-5) Pues ello quiere decir que ya has tomado una decisión por tu cuenta y que no puedes ver cuál fue la pregunta. Necesitas ahora un rápido reconstituyente antes de volver a preguntar.

Podemos ver cómo las reglas que siguen a la primera son intentos de devolvernos a la regla original de tomar una decisión con el Espíritu Santo

en lugar de con el ego. Es importante que la incomodidad de nuestra elección de la mentalidad-errada no se racionalice, sino que sea considerada

por el error que fue. Solo entonces nuestras mentes pueden ser restauradas a

la cordura y la razón.

(I.6:1-2) (3) Recuerda nuevamente la clase de día que te gustaría tener y reconoce que ha ocurrido algo que no forma parte de ello. Date cuenta entonces de que has hecho una pregunta por tu cuenta y de que

debes haberla contestado de acuerdo con las condiciones que tú mismo

has establecido.

Esta es una referencia a pedirle al Espíritu Santo ayuda específica: nuestra

pregunta que exige nuestra respuesta. Como muchos estudiantes pasaron

por alto este importante punto, Jesús dictó El Canto de la Oración a Helen

un año después de la publicación de Un Curso de Milagros. Hizo el mismo

punto que encontramos aquí, de que su curso no se trataba de pedir cosas

específicas; es decir, pedir que nos den solo algunas partes de la canción -

nuestros ídolos especiales – con el supuesto propósito de recordar el canto no-específico del amor mismo (S-1.I). Esta es la pregunta que debemos hacernos: “¿Quiero un día en el que mis ídolos me den lo que creo que necesito, o un día que me ayude a superarlos? Sigue la tercera regla: (I.6:3-6) Di entonces:

No tengo ninguna pregunta. Me olvidé de lo que tenía que decidir. Esto cancela las condiciones que has establecido y permite que la respuesta te muestre cuál debió haber sido realmente la pregunta. Llegamos a reconocer que si estamos molestos es porque elegimos el ego en lugar del Espíritu Santo. Recuerda la discusión muy anterior sobre los pasos que Jesús nos da para cuando nos encontramos sin paz, comenzando con “Debo haber decidido equivocadamente, porque no estoy en paz” (T5.VII.6:7-11). Esto nos permite desviar la atención del especialismo que pensamos que necesitábamos para ser felices a nuestra necesidad de perdonar, lo que nos ayuda a alcanzar la paz que realmente queremos. (I.7) Trata de observar esta regla sin demora, a pesar de tu resistencia, pues ya estás enfadado. Y tu temor de que se te vaya a dar una respuesta que no coincida con tu pregunta tal como la planteaste cobrará ímpetu, y acabarás creyendo que el día que deseas es uno en el que a tus preguntas se les da tus respuestas. Y no será así, pues ello te arruinaría el día al privarte de lo que realmente deseas. Esto puede ser muy difícil de entender, una vez que has decidido por tu cuenta qué reglas te prometen un día feliz. No obstante, esa decisión todavía puede revocarse mediante métodos sencillos que puedes aceptar. La ira surge porque nuestro día no va bien, incluso si pensamos que hicimos lo correcto al pedir la ayuda de Jesús. Debido a que creemos que nuestra infelicidad es culpa suya, debemos darnos cuenta de cómo nos hemos propuesto esto nosotros mismos. Atrapados por el ego, independientemente de la respuesta que "escuchemos", crearemos que nuestra culpa es real y

que el castigo está justificado. Una vez más hemos usurpado el papel de la verdad adoptando nuestra propia respuesta a nuestra propia pregunta, borrando astutamente la verdadera respuesta del perdón al problema de la separación. Experimentar la conexión causal entre nuestra infelicidad y la decisión equivocada de la mente nos permite deshacerla y eso nos lleva a la cuarta regla:

(1.8:1-2) (4) Si estás tan reacio a recibir que ni siquiera puedes olvidarte

de tu pregunta puedes empezar a cambiar de parecer con lo siguiente: Por lo menos puedo decidir que no me gusta cómo me estoy sintiendo ahora.

Si realmente no podemos cambiar nuestras mentes, al menos podemos

darnos cuenta de que no estamos en paz. Puede que no estemos listos para

volver al tomador de decisiones donde se cometió el error, pero al menos

podemos reconocer que ya no toleramos estar deprimidos, enojados y temerosos. Esto nos lleva a la regla cinco:

(1.8:3-9-2) Esto por lo menos es obvio, y allana el camino para el siguiente paso, que es muy sencillo.

(5) Una vez que has decidido que no te gusta cómo te estás sintiendo, qué podría ser más fácil que continuar con:

Por lo tanto, espero haber estado equivocado.

Este es un paso clave. Recuerda la pregunta que Jesús nos hizo:

"¿Prefieres

tener razón a ser feliz?" (T-29.VII.1:9). Todos queremos tener razón; de lo

contrario, no sólo admitiríamos estar equivocados acerca de un tema específico, sino también sobre la decisión original de separarnos. Estar equivocado hace que nuestra existencia sea un error, por lo que debemos

demostrar que otras personas están equivocadas, insistiendo en que tenemos

razón. Esta locura proporciona un aparente testimonio de la verdad de nuestro yo especial e inocente.

(I.9:3-4) Esto mitiga la sensación de resistencia y te recuerda que no se te está forzando a que aceptes ayuda, sino que ésta es algo que deseas y

necesitas porque no te gusta cómo te estás sintiendo. Esta ínfima apertura bastará para que puedas seguir adelante y dar los pocos pasos

que necesitas para dejar que se te ayude.

Esto vuelve a un tema de principios de nuestra sinfonía donde Jesús habló

del conflicto que se desarrolla cuando lo que hacemos entra en conflicto

con lo que queremos (T-2.VI.5-6). Por ejemplo, aunque hacemos lo correcto

y somos amorosos con otros, odiamos al que estamos asistiendo; o ayudamos a alguien a salir de una difícil situación, pero resentimos la imposición que creemos que Jesús nos ha impuesto. En otras palabras, realmente no queremos comportarnos de forma altruista al hacerlo, sino que

lo hacemos porque hacerlo es espiritual. Otra ilustración de esta dinámica

sería no querer hacer las lecciones del libro de ejercicios, pensando que son

tontas y poco prácticas, pero, como Jesús piensa que deberíamos hacerlas,

las hacemos. Sin embargo, nuestra resistencia se rompe, por ejemplo, cuando olvidamos las lecciones a lo largo del día. Es obvio que la curación

nunca puede suceder mientras sintamos tal conflicto. Necesitamos darnos

cuenta de que lo que nosotros estamos haciendo es tonto y poco práctico, y

aceptar que preferiríamos estar equivocados para poder ser felices.

Esto nos

permite pasar a la sexta regla, en nuestro camino de regreso a la primera, la

cual nos curará:

(I.10:1-11:4) Ahora has llegado a un punto crucial porque te has dado cuenta de que saldrías ganando si lo que decidiste no es como tú pensabas. Hasta que no llegues a este punto, creerás que tu felicidad depende de tener razón. Pero por lo menos has alcanzado ahora un

cierto grado de sensatez: te has dado cuenta de que sería mejor para ti que estuvieses equivocado.

(6) Este ápice de sabiduría bastará para llevarte aún más lejos. No se te

está forzando a ello, sino que simplemente esperas lograr lo que quieres. Por lo tanto, puedes decir con perfecta honestidad:

Quiero ver esto de otra manera.

Habiendo aceptado el feliz hecho de que nuestra manera no funciona, por

fin estamos abiertos a la otra manera, incluso si no estamos seguros de cuál

es. Esto nos motiva a admitir nuestra decisión equivocada y a tomar la correcta, decidiendo por el maestro correcto y su sistema de pensamiento

del perdón. Estamos listos para el séptimo y último paso:

(I.11:5-12:4) Ahora has cambiado de parecer con respecto a la clase de día que deseas tener, y has recordado lo que realmente quieres. Su propósito ya no está velado por la demente idea de que lo quieres para satisfacer tu empeño de tener razón cuando en realidad estás equivocado. De este modo, el hecho de que estás dispuesto a pedir llega

hasta tu conciencia, pues no puedes estar en conflicto cuando pides lo que realmente quieres y comprendes que eso es lo que estás pidiendo.

(7) Este último paso es sólo el reconocimiento de que no te opones a recibir ayuda. Es la declaración de una mente receptiva, que aunque todavía no está segura, está dispuesta a que se le muestre lo que necesita ver:

Tal vez hay otra manera de ver esto. ¿Qué puedo perder con preguntar?

Estamos empezando a reconocer dónde nos hemos salido del curso (perdón

por el juego de palabras), no solo por querer que Dios esté equivocado, sino

que todos los demás también lo estén. Sacrificamos a otros para obtener lo

que queríamos (uno u otro), y ahora finalmente vemos cómo esto no nos ha

traído nada más que miseria y dolor. La voluntad de ser corregidos nos ha

permitido reflejar el instante santo de Helen y Bill, al aceptar encontrar otra

manera. ¿Cómo, entonces, podemos perder, cuando nos damos cuenta, por

lo menos, de que esta otra manera no puede ser peor que la nuestra?

La paz

que deseamos por encima de todo se puede lograr solo a través de pedirle

ayuda a Jesús, la “única llamada inequívoca” que tanto ha esperado (T4.III.7:10).

(I.12:5-6) Ahora puedes, por lo tanto, hacer una pregunta que tiene sentido, y, consecuentemente, la respuesta tendrá sentido también. Y no

te opondrás a ella, pues comprenderás que es a ti a quien dicha respuesta beneficiará.

¿Qué más tiene sentido que pedir sinceramente la ayuda del Maestro que

nos ofrece sólo lo que realmente queremos? Habiendo reconocido la locura

total de buscar la paz que nunca podríamos encontrar, ahora pedimos ayuda

para eliminar los juicios que se interponen en el camino de nuestra verdadera búsqueda y verdadero hallazgo.

(I.13:1-4) Debe quedar claro, no obstante, que es más fácil que tu día transcurra felizmente si no permites que la infelicidad haga acto de presencia en primer lugar. Pero esto requiere tener práctica con las reglas que te protegen de los embates del temor. Cuando hayas dominado estas reglas, el amargo sueño de juicios habrá sido deshecho

para siempre. Pero mientras tanto, necesitas poner en práctica las reglas que lo deshacen.

Jesús nos insta a practicar sus enseñanzas, las cuales no se pueden aprender

solo a nivel intelectual. El principio del perdón, o dejar ir el juicio, debe aplicarse día tras día, de la mañana a la noche. Esto nos devuelve a la primera regla: no podemos tomar decisiones por nuestra cuenta y ser felices. Decidir en favor del ego es la elección del juicio y el miedo, mientras que tomar la mano de Jesús como nuestro guía nos libera de la

pena y el dolor.

(I.13:5-14:9) Examinemos, pues, una vez más la primera de las decisiones que aquí se ofrecen.

Hemos dicho que puedes comenzar el día felizmente si decides no tomar ninguna decisión por tu cuenta. Esto de por sí parece ser una decisión. Sin embargo, tú no puedes tomar decisiones por tu cuenta.

La

única cuestión es entonces con quien eliges tomarlas. Eso es todo. La primera regla, pues, no es una coacción, sino la simple afirmación de un simple hecho. No tomas decisiones por tu cuenta,

independientemente de lo que decidas. Pues o bien se toman con ídolos

o bien con Dios. Y le pides ayuda al anti-Cristo o a Cristo, y aquel que elijas se unirá a ti y te dirá lo que debes hacer.

Jesús aquí resume su discusión, devolviéndonos al principio. No podemos

tomar decisiones por nuestra cuenta porque deben ser tomadas con Dios o

con el ego. Esta es una regla irrevocable de la mente dividida, porque una

vez que tenemos la idea de la separación, nuestras mentes divididas deben

elegir entre la verdad y la ilusión, una decisión que determina todos los pensamientos y acciones posteriores. Por cierto, el motivo de la simple afirmación de un simple hecho es una de los favoritos de Jesús porque los

usa en otras dos ocasiones (T-26.III.4:5; L-pl.77.6:7).

(I.15) Tu día no transcurre al azar. La clase de día que tienes lo determina aquello con lo que eliges vivirlo, y la manera en que percibe tu felicidad el amigo a quien acudes en busca de consejo. Siempre pides

consejo antes de tomar cualquier decisión. Es esencial que entiendas esto, pues así te darás cuenta de que en esto no hay coerción ni motivos

para que te opongas a ello por el hecho de que te impide ser libre.

Nadie puede escaparse de lo que inevitablemente ha de ocurrir. Y si tú crees que puedes, estás equivocado.

Jesús destruye el mito del mundo de que los eventos ocurren fuera de nuestro control, y de que somos víctimas de fuerzas externas a nuestras

mentes. La única verdad es que nosotros somos los soñadores de nuestro mundo de sueños, y sólo podemos ser libres de la decisión en favor del consejero que nos trajo aquí y se aseguró de que nunca despertáramos. Para lograr este feliz hecho de la liberación, solo necesitamos volver a la mente tomadora de decisiones y elegir un Maestro diferente. "¡Qué simple es la salvación!" (T-31.I.1:1) Estamos listos para regresar a la segunda regla: (I.16:1-3) La segunda regla es asimismo un hecho. Pues tu consejero y tú tenéis que estar de acuerdo con respecto a lo que deseas antes de que pueda ocurrir. Es este convenio lo que permite que todas las cosas ocurran.

La mente elige primero al ego o al Espíritu Santo como su consejero. Y todo lo que sigue proviene de esa decisión, porque es nuestro sueño. Nada puede ocurrir en nuestras vidas sin que primero hayamos elegido un maestro. ¿Elegimos sueños de ataque y miedo que refuerzan el sueño de separación, o sueños felices de perdón que nos despertarán de estas pesadillas? No hay otra opción posible.

(I.16:4-7) Pues nada puede ocurrir sin algún tipo de unión, ya sea con un sueño de juicios o con la Voz que habla en favor de Dios. Las decisiones producen resultados precisamente porque no se toman aisladamente. Las tomáis tu consejero y tú, y son tanto para ti como para el mundo. El día que deseas tener se lo ofreces al mundo, pues transcurrirá tal como lo hayas pedido y reforzará el dominio de tu consejero en el mundo.

Las decisiones se toman también "para el mundo" porque las mentes están unidas. Cualquier decisión que tomemos fortalece la de los demás: ya sea reforzando su ego o ayudándolos a reconocer que la decisión por la mentalidad-errada fue un error, y que nuestra elección del instante santo nos ha convertido en un símbolo del pensamiento de mentalidad-correcta. No

podemos elegir por otros, pero como somos uno, nuestra presencia en la

mente apoya su toma de decisiones: Dios o el ego.

(I.16:8-9) ¿A qué reino pertenece tu mundo hoy? ¿Qué clase de día vas a decidir tener?

Aquí nuevamente hemos regresado al punto de elección original donde decidimos por el rey equivocado y servimos en el reino equivocado. El mundo del tiempo y el espacio es el efecto de esa decisión, no sólo una vez,

sino en cada momento de cada día, porque el tiempo no es lineal. Al elegir

continuamente el ego, re-creamos el instante no santo en el que “el terror

ocupó el lugar del amor” (T-26.V.13:1). Sin embargo, cuando nos damos

cuenta de que todo lo negativo que sucede en nuestras vidas se debe a que

nuestras mentes eligieron la culpa, podemos corregir esa causa eligiendo el

perdón en lugar del juicio. Jesús nos pide que nos preguntemos a nosotros

mismos: ¿estamos felices o molestos, en paz o en conflicto? Muy simplemente, quiere que reconozcamos que nuestra experiencia del día es el

resultado directo de su fuente, la decisión de la mente por el Espíritu Santo

o por el ego.

Algo interesante ocurre entre los párrafos 16 y 17: el paso de decidirnos por

el Espíritu Santo no está mencionado, aunque está claramente implícito. La

felicidad del perdón que puso en marcha esta decisión de mentalidad correcta por el milagro es ahora nuestro tema.

El perdón – El milagro – La relación santa.

(I.17:1) Hoy sólo se necesitan dos que deseen gozar de felicidad para que se la ofrezcan al mundo entero.

La verdadera felicidad no puede ser del ego, porque sus formas ilusorias

son fugaces y la felicidad depende de excluir las leyes del especialismo. Lo que Jesús quiere decir con que nos hemos decidido por el Espíritu Santo es que elegimos deshacer el sistema de pensamiento de separación del ego que dice que nuestra felicidad depende de la pérdida, y que la paz, la felicidad y el amor provienen a expensas de otro – uno u otro. Sin embargo, aprendemos de nuestro maestro que la felicidad proviene solo del principio de uno y otro: “Al arca de la paz se entra de dos en dos ...” (T-20.IV.6:5); levantamos el velo “juntos, o no en absoluto” (T-19.IV-D.12:8); “La salvación es una empresa de colaboración” (T-4.VI.8:2). Por cierto, esta característica de la relación santa no significa necesariamente unirnos con otro en la forma; por ejemplo, el objeto de nuestro perdón puede haber muerto o ya no estar físicamente presente en nuestras vidas. (I.17:2) Sólo se necesitan dos que comprendan que no pueden decidir por su cuenta, para garantizar que el júbilo que pidieron sea plenamente compartido por todos. Recuerda que estas palabras fueron originalmente destinadas a Helen y Bill, quienes estaban haciendo el Curso juntos. Es raro tener un compañero en una forma tan específica, y esto es irrelevante para nuestra salvación. La unión verdadera es entre la mente tomadora de decisiones y el Espíritu Santo, y en ese instante santo experimentamos que todos comparten el propósito común de despertar del sueño de separación y soledad. Habiéndonos unido al Maestro de la cordura, nuestras mentes ya no pueden justificar los resentimientos que nos permitieron ser víctimas inocentes de lo que el mundo parecía hacernos. (I.17:3-5) Pues han entendido la ley básica que les otorga poder a todas las decisiones y les confiere todos los efectos que ellas jamás puedan

tener. Sólo se necesitan dos. Estos dos tienen que haberse unido antes de que se pueda tomar una decisión.

El sistema del ego solo me necesita a mí: cuando me uno con el ego, me

uno a mí mismo, excluyendo así a la Filiación y llevándome más al infierno. Por otro lado, unirse verdaderamente al Espíritu Santo significa

que en mi mente ya me he unido a otros. Esto no depende de su unión conmigo, porque si lo fuera, simplemente continuaría la dependencia del

ego de personas especiales. Por lo tanto, nuestra unión con el Espíritu Santo

se refleja en la experiencia de compartir Su propósito de perdón con el mundo.

(I.17:6-8) Permite que esto sea lo único que tienes presente, y tendrás la

clase de día que deseas tener, y al tenerlo, se lo ofrecerás al mundo. El juicio que habías emitido sobre el mundo queda anulado mediante tu decisión de tener un día feliz. Y tal como has recibido, así tienes que dar.

El juicio que pusimos sobre nosotros mismos al elegir en contra de Dios y

luego proyectamos fuera de nosotros, es levantado al revertir nuestra elección equivocada. Nos unimos al mundo porque las ideas no abandonan

su fuente: una mente unida significa un mundo unido. Habiendo tomado la

decisión de escuchar a Jesús, se nos ayuda a mirar nuestras relaciones especiales, a todas esas personas que convertimos en enemigos, aunque las

hayamos cubierto con las vestiduras del amor. Eran nuestros enemigos porque percibimos que tenían algo de lo que carecíamos, y que nuestro

pensamiento delirante nos dijo que nos lo robaron.

(II.3:1-4) Contempla una vez más a tu enemigo, al que elegiste odiar en

vez de amar. Pues así es como nació el odio en el mundo y como se estableció en él el reino del miedo. Escucha ahora a Dios hablarte a través de Aquel que es Su Voz así como la tuya, recordándote que tu voluntad no es odiar ni ser un prisionero del miedo, un esclavo de la

muerte o una insignificante criatura de escasa vida. Tu voluntad no tiene límites, pues no es tu voluntad que sea limitada. Este es el resultado feliz cuando decidimos con el Espíritu Santo en vez con el ego. Cuando elegimos a este último, nuestro odio hacia los demás se hace más fuerte, reforzando el odio hacia nosotros mismos y uniéndonos aún más al ego y a su sistema de pensamiento de miedo y muerte. Sin embargo, cuando escuchamos a Jesús, nos embarcamos en un nuevo comienzo, ascendiendo por la escalera que nos lleva a casa en vez de descender inexorablemente al infierno. Nuestro hermano mayor nos ayuda a darnos cuenta de que al cambiar las percepciones de los demás fortalecemos el mismo cambio en nosotros mismos. Esto nos libera, al igual que a la Filiación, para recordar nuestra vida ilimitada como Cristo, compartiendo la grandeza eterna que es la gloriosa creación de Dios (II.3:5-8) Lo que mora en ti se ha unido a Dios Mismo en el nacimiento de toda la creación. Acuérdate de Aquel que te creó, Quien a través de tu voluntad creó todo. Todo lo creado te está agradecido, pues nació gracias a tu voluntad. Ni una sola luz celestial podría brillar si no fuese por ti, pues fue tu voluntad lo que las ubicó en el Cielo. Estas palabras poéticas expresan la unidad de la creación que sigue ininterrumpida a pesar de las frívolas fantasías de separación y odio. Más allá de todas ellas está la Voluntad inmutable que creó una vida, una luz, un amor.

(II.4) ¿Qué motivos podrías tener para sentir ira contra un mundo que simplemente aguarda tu bendición para ser libre? Si fueses un prisionero, entonces Dios Mismo no podría ser libre. Pues lo que se le hace a quien Dios ama, se le hace a Dios Mismo. No pienses que Aquel que te hizo co-creador del universo junto con Él quiere aprisionarte. Él sólo desea que tu voluntad sea eternamente ilimitada. Este mundo aguarda la libertad que le otorgarás cuando hayas reconocido que eres libre. Pero tú no perdonarás al mundo hasta que hayas perdonado a Aquel que te dio tu voluntad. Pues es a través de tu voluntad como el

mudo se libera. Y tú no puedes ser libre estando separado de Aquel Cuya santa Voluntad compartes.

Jesús continúa su alegre canto de vida y libertad, cantando acerca de los

regalos que el perdón trae a nuestros corazones agradecidos que se unen en

un interminable himno Celestial de unidad. Atrás quedaron los resentimientos, suavemente lavados por la voluntad que se libera de los

grilletes de la culpa y el odio. Con sus cadenas cortadas, la bendición curativa de Dios se libera para extenderse a través de la Filiación, dando su

toque de clarín por la liberación del mundo de límites y dolor.

(III.4:1) Nunca es el ídolo lo que realmente quieres.

Cuando escuchamos la Voz correcta y nos unimos a Aquel Que representa

la verdadera unión, reconocemos que no podemos unirnos a los ídolos de

la ilusión. Además, la paz y la felicidad que queremos sobre todo lo demás

son inalcanzables cuando nos entregamos a los tontos juegos del especialismo.

(III.4:2-4) Mas lo que crees que te ofrece, eso ciertamente lo quieres, y tienes derecho a pedirlo. Y es imposible que te sea negado. El que tu voluntad sea estar completo es la Voluntad de Dios, y por tal razón se te

concede.

El ídolo nos ofrece la compleción que buscamos, pero no es como nuestro

anterior maestro (el ego) nos dijo que sería. Cuando vimos "La decisión de

alcanzar la compleción" en el Capítulo 16, vimos que esta elección puede

tener una mentalidad errada o correcta. El ego nos dice que elegimos completarnos a nosotros mismos uniéndonos con algo externo que suple

nuestra carencia. Jesús, sin embargo, nos instruye que nos completamos a

nosotros mismos uniéndonos a su amor, el reflejo de la Voluntad del Cielo.

(III.4:5-6) Dios no sabe nada de formas. Él no te puede contestar utilizando términos que no tienen sentido.

Una vez más leemos, como hemos hecho con frecuencia en nuestra sinfonía, el tema de que Dios no sabe nada de forma o separación. Cualquier intento de traerlo al sueño no es más que el loco intento del ego

de hacer realidad las ilusiones. Esto es totalmente contrario al propósito del

Curso, que nos enseña a reconocer la naturaleza ilusoria del mundo y el

cuerpo, utilizándolos como trampolín para nuestro regreso a la mente tomadora de decisiones.

(III.4:7) Y tu voluntad no se puede satisfacer con formas vacías, concebidas exclusivamente para llenar una brecha que no existe.

El propósito del mundo es llenar el vacío de la separación con ídolos, los

objetos de especialismo. Los buscamos para amortiguar el dolor de nuestra

culpa, pero simplemente solidifican la creencia de que la brecha es real,

mientras mágicamente esperamos que desaparezca.

(III.4:8-10) No es esto lo que quieres. La creación no le da a ninguna persona ni a ninguna cosa separada el poder de completar al Hijo de Dios. ¿A qué ídolo se puede apelar para que le dé al Hijo de Dios lo que ya es suyo?

Esta adoración de ídolos incluye a Jesús. A medida que subimos por la escalera, debemos darnos cuenta de que Jesús tampoco es una persona

separada. Al comienzo del viaje, como se discutió anteriormente, es claramente importante experimentarlo como un hermano reconfortante cuyo

amor nos ayuda a ascender por los peldaños, pero nunca llegaremos a la

cima mientras lo veamos separado de nosotros, teniendo algo que nos falta.

Por eso se nos recuerda que todo lo que vemos en Jesús está en nosotros

misimos: el amor del Hijo de Dios es uno, total y completo en sí mismo – no

hay jerarquía dentro de la Filiación de Dios.

(III.5:1-2) Alcanzar la compleción es la función del Hijo de Dios. Sin embargo, no tiene necesidad de buscarla.

Simplemente aceptamos nuestra compleción, otro tema sinfónico importante. El ego contrarresta esta simplicidad haciendo que busquemos y nunca hallemos lo que queremos, porque la búsqueda en sí refuerza nuestro sentido de carencia e incompleción.

(III.5:3-4) Más allá de todo ídolo se alza su santa voluntad de ser únicamente lo que es. Pues ser más que pleno no tiene sentido. Como vimos antes (T-29.VIII.8), deseamos más que el todo y por eso le dijimos a nuestro Creador: "El todo de Tu Amor no es suficiente. Quiero más que una totalidad perfecta". La culpa por esta blasfemia percibida es lo

que nos esforzamos por negar, haciendo un mundo en el que buscamos

encontrar la compleción que está más allá de todo ídolo, el título de esta

sección. Volvemos ahora a "La verdad que yace tras las ilusiones" y su tratamiento de los ídolos como juguetes:

(IV.4:1-2) La realidad obedece las leyes de Dios y no las reglas que tú mismo estableces. Son Sus leyes las que garantizan tu seguridad.

Establecemos las reglas de separación y especialismo, exigiendo que Dios y

el Espíritu Santo las sigan, en lugar de que abandonemos estas leyes locas

para seguir las Suyas, las cuales son las únicas que garantizan nuestra verdadera seguridad.

(IV.4:3-11) Las ilusiones que creas con respecto a ti no obedecen ninguna ley. Parecen danzar por un rato, al compás de las leyes que tú promulgaste para ellas. Mas luego se desploman para no levantarse más. No son más que juguetes, hijo mío, de modo que no lamentes su pérdida. Su danza jamás te brindó felicidad alguna, pero tampoco eran cosas que pudiesen asustarte o mantenerte a salvo si respetaban tus reglas. Las ilusiones no deben ni apreciarse ni atacarse, sino que simplemente se deben considerar como juguetes infantiles, sin ningún significado intrínseco. Ve significado en una sola de ellas, y lo verás en todas. No veas significado en ninguna, y no podrán afectarte en absoluto.

Las ilusiones obedecen a las leyes del caos, pero, como nos dijo el
Capítulo

23, no son leyes en absoluto y contradicen las leyes de Jesús de no
luchar

contra nosotros mismos, no resistir el mal y, sobre todo, no hacer real
el

error. Él nos insta a no apreciar ni atacar a nuestros ídolos especiales,
ni a

juzgarnos a nosotros mismos por tenerlos. Nosotros necesitamos
solamente

mirar con su amor a nuestro lado, viéndolos como los juguetes
infantiles

que son. Mientras los ídolos pueden verse como reales y parecer
irresistiblemente atractivos en sus danzas de odio, no tienen vida,
siendo su

vida y su muerte ilusorias. Dar incluso un solo significado a un objeto
idolatrado de nuestro especialismo valida a todas las ilusiones,
invalidando

la verdad de que, de hecho, no existe una jerarquía de ilusiones. El
tema de

mirar, que es fundamental para el proceso del perdón, se repite en el
siguiente párrafo:

(IV.5:1-8) Las apariencias engañan precisamente porque son
apariencias y no la realidad. No les prestes atención sea cual sea la
forma que adopten. Lo único que hacen es distorsionar la realidad y
producir temor, debido a que ocultan la verdad. No ataques lo que tú
mismo hiciste a fin de ser engañado, pues eso demostraría que has
sido

engañado. El ataque tiene el poder de hacer que las ilusiones parezcan
reales. Mas en realidad no hace nada. ¿Quién podría tener miedo de un
poder que no tiene efectos reales? ¿Qué podría ser dicho poder, sino
una ilusión que hace que las cosas parezcan ser como él mismo?

Volvemos al tema de la apariencia y la realidad, la ilusión y la verdad.
Las

formas del mundo engendran miedo sólo porque nuestras mentes han
elegido el contenido del miedo. Es solo la decisión de la mente la que
nos

da miedo, porque las ilusiones no tienen efecto a menos que creamos
en

ellas. Todo el poder en el sueño descansa en el soñador y no en las figuras del sueño; debemos cambiar la mente del soñador y el sueño percibido cambiará en consecuencia.

(IV.5:9-11) Observa calmadamente sus juguetes, y comprende que no son más que ídolos que no hacen sino danzar al compás de vanos deseos. No los veneres, pues no existen. Cuando atacas, no obstante, te olvidas de esto.

Recuerda una de las principales declaraciones del motivo de mirar al ego con Jesús:

Estamos listos para examinar más detenidamente el sistema de pensamiento del ego porque juntos disponemos de la lámpara que lo desvanecerá ... Mantengámonos muy calmados al hacer esto ...

(T11.V.1:3-4)

Jesús nos pide que no luchemos contra el ego ni nos sintamos culpables,

porque cuando "observamos calmadamente sus juguetes" se ve que ellos no

tienen poder. Una vez más, es sólo la creencia en su realidad la que concede

a los ídolos la fuerza que percibimos en ellos. Por consiguiente, debemos

abstenernos de adorar a los ídolos, pero no porque los ídolos sean malos. Su

nada inherente no puede dañar a nadie, y es solo la necesidad de adorarlos

lo que es una amenaza. Con nuestra adoración reforzamos la ilusión de la

nada: la loca creencia de que destruimos la verdad, sustituyéndola con el

especialismo en su lugar.

(IV.5:12-15) El Hijo de Dios no necesita defenderse de sus sueños. Sus ídolos no suponen ninguna amenaza para él. El único error que comete es creer que son reales. Mas ¿hay algo que las ilusiones puedan lograr? Jesús continúa con este tema: decidir mirar el ego y su nada con el Espíritu

Santo. Darnos cuenta de que miramos algo que es solo un juguete trae

sonrisas suaves a nuestros rostros, donde nos reímos de la locura al pensar que un ídolo inexistente era real e importante, hiriente o maravilloso. Al

final, una ilusión sigue siendo una ilusión y no requiere defensa ni protección.

(IV.6:1) Lo único que las apariencias pueden hacer es engañar a la mente que desea ser engañada.

Este importante pensamiento es la base del mensaje del curso de Jesús. El

ego funciona porque queremos que lo haga. Nos engañamos a nosotros

misimos porque no deseamos que la realidad sea verdad, y esto alimenta la

ilusión de que vivimos.

(IV.6:2-3) Mas tú puedes tomar una decisión muy simple que te situará por siempre más allá del engaño. No te preocupes por cómo se va a lograr esto, pues eso no es algo que puedas entender.

Este también es un tema recurrente en nuestra sinfonía. No podemos entender la salvación porque el mecanismo para lograrlo está más allá de

nuestra comprensión. De hecho, el cuerpo y el cerebro sin mente fueron

hechos para que no comprendamos la mente, y mucho menos lo que la cura.

Simplemente debemos aceptar que, si cumplimos nuestra función de perdón, mirando sin juzgar, el deshacimiento del ego ocurrirá naturalmente.

(IV.6:4-6) Pero sí verás los grandes cambios que se producirán de inmediato, una vez que hayas tomado esta simple decisión: que no desees lo que crees que un ídolo te puede dar. Pues así es como el Hijo de Dios declara que se ha liberado de todos ellos. Y, por lo tanto, es libre.

Todo lo que tenemos que hacer es mirar la relación especial con nuestra

mente correcta, dándonos cuenta de que no nos ha traído felicidad o paz

duraderas, porque los aliados del ego de la culpa, el miedo y la enfermedad

nunca la podrían lograr. Hasta que aceptemos este hecho feliz, no nos

daremos cuenta de la verdad de las enseñanzas de Jesús,
permaneciendo
aprisionados por la decisión de la mente de creer en mentiras. Sin
embargo,
en cualquier instante podemos elegir de nuevo y disfrutar de nuestra
libertad de la idolatría del ego.

(IV.7) ¡Qué paradójica es la salvación! ¿Qué otra cosa podría ser, sino
un sueño feliz? Lo único que te pide es que perdones todas las cosas
que

nadie jamás hizo, que pases por alto lo que no existe y que no veas lo
ilusorio como si fuese real. Se te pide únicamente que permitas que se
haga tu voluntad y que dejes de buscar las cosas que ya no desees. Y
se

te pide también que permitas que se te libere de los sueños y desistas
de

tu empeño de querer substituir la Voluntad de Dios por la fuerza de los
vanos deseos.

La salvación no es real, la razón por la que es una paradoja; refleja la
realidad, pero no es la realidad. Cuando miramos el ego con Jesús nos
damos cuenta de que las ilusiones no están ahí para verlas.

Comenzamos

aceptando que nuestras interpretaciones estaban equivocadas, y que
aquellos a quienes percibíamos como enemigos eran nuestros amigos.

Al

final del viaje llegamos a comprender que el mundo en sí es un sueño,
y

perdonamos lo que literalmente nunca sucedió. La sonrisa de Jesús
será la

nuestra mientras vemos los grandiosos deseos del ego desaparecer
suavemente en la Voluntad que es la única grandeza, siendo la
fortaleza de

Dios Mismo.

(IV.8:1-2) Llegado este punto [aquí], el sueño de separación empieza a
desvanecerse y a desapa-recer. Pues aquí la brecha inexistente
comienza a percibirse libre de los juguetes de terror que tú inventaste.
El "aquí" es el instante santo en el que nuestras mentes deciden en
contra de

los "juguetes de terror", las cosas especiales que nos atraen o
rechazan.

Estas relaciones especiales están diseñadas para cubrir la brecha de

separación de modo que no la veamos, ya que el ego nos dice que nuestro miedo está justificado porque Dios destruirá a nuestros yoes pecadores. Sin embargo, cuando finalmente miramos hacia adentro, vemos que no hay nada allí. Sin duda, no solo es que no hay nada en la brecha, la brecha no existe: la separación fue solo una fantasía ociosa sin efecto sobre la realidad.

(IV.8:3-13) Esto es lo único que se te pide. Alégrate en verdad de que la

salvación no pida mucho, sino que pida tan poco. En realidad no pide nada. Y aún en las ilusiones sólo pide que el perdón sea el sustituto del

miedo. Ésa es la única regla para tener sueños felices. La brecha se vacía de todos los juguetes de temor, poniéndose así de manifiesto su realidad. Los sueños no sirven para nada, y el Hijo de Dios no tiene ninguna necesidad de ellos. No le ofrecen ni una sola cosa que él pudiera jamás desear. El Hijo de Dios se libera de las ilusiones por su propia voluntad y simplemente se le restaura lo que él es. ¿Qué podría ser el plan de Dios para su salvación, sino un medio para darse a Sí Mismo Su Hijo?

El perdón, siendo la única regla para los sueños felices, “es tranquilo y sosegado, y no hace nada. ... Simplemente observa, espera, y no juzga” (LpII.1.4:1,3). Se nos pide que no hagamos nada más. Esta mirada gentil, que

es el significado de nuestro pedir ayuda al Espíritu Santo, es cómo termina

la brecha junto con sus amargos sueños. No intentamos mejorar los sueños,

ni atacarlos o evitarlos. No nos ofrecen nada que necesitemos, ni contienen

nada a lo que oponernos. Para repetir, no hacemos nada excepto mirar al

insubstancial ego sin juzgar, porque solo esto revela la irrealidad de los sueños y los cura. Y mientras somos curados, el amor en nuestra mente

correcta puede o no guiarnos a la acción mundana, pero esa no es nuestra

preocupación.

El comienzo de "La justificación del perdón" es el segundo lugar del texto

donde Jesús habla de lo que describe en El Canto de la Oración como "perdón-para-destruir" (S-2.II). Como se vio anteriormente, también lo analiza en el libro de ejercicios (L-pl.126.1-7; L-pl.134.1-5). La sección se

abre con un eco de la discusión en el Capítulo 6 (T-6.in.1).

(VI.1:1) La ira nunca está justificada.

Jesús no dice "No te enojés", sino "No lo justifiques cuando lo hagas".

La

ira afirma que alguien es responsable de nuestra falta de paz y sensación de

malestar. Esta no es la verdad. Otro podría haber hecho algo reprehensible,

pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros, una mente? Si nosotros creemos

que un acto de odio puede afectarnos, es solo porque le dimos ese poder. La

causa de nuestra infelicidad sólo puede residir en la mente, no en el cuerpo

de otro. Entonces, ¿cómo se podría justificar la ira?

(VI.1:2) El ataque no tiene fundamento.

El ataque tendría un fundamento solo si otros hicieran algo para lastimarnos. Claramente podemos ser atacados dentro del sueño, pero el

ataque no es hacia nosotros a menos queelijamos unirnos a la danza del

odio del ego. La ira es nuestra elección, no la de alguien más, porque no

somos figuras oníricas (cuerpos) sino soñadores (mentes), eligiendo entre

sueños felices y pesadillas.

(VI.1:3-5) Con esto comienza uno a escapar del miedo, y con esto también es como se logrará. Con esto se intercambian los sueños de terror por el mundo real. Pues el perdón descansa sobre esto, lo cual es

tan sólo natural.

Dejamos ir el miedo reconociendo que todo lo que percibimos afuera es una

proyección de los pensamientos de ataque de la mente que inducen a la

culpa. Al devolvernó a nuestro interior, el milagro nos libera para elegir al

Maestro de la mente correcta, Quien nos guía gentilmente desde el mundo

de terror del ego hasta los prados Celestiales que constituyen el mundo real.

Este estado de perdón total es todo lo que es natural en un mundo de ilusión, reflejando la amorosa Unidad del Cielo que es la única realidad.

(VI.1:6-8) No se te pide que concedas perdón allí donde se debería responder con ataque y donde el ataque está justificado. Pues eso querría decir que perdonas un pecado pasando por alto lo que realmente se encuentra ahí. Eso no es perdón.

Jesús habla aquí del perdón-para-destruir, donde le decimos a otro: "Aunque hiciste algo terrible, te perdono". Esto hace que el error sea real, y

una declaración más verdadera sería: "He proyectado mi falta de perdón a

mí mismo en ti, y es esto lo que perdono". El problema nunca es lo que otros han hecho, sino cómo percibimos lo que han hecho. La percepción es

siempre interpretación, nunca un hecho.

(VI.1:9-10) Ya que supondría que, al reaccionar de una manera que no está justificada, tu perdón se ha convertido en la respuesta al ataque que se ha perpetrado. Y así, el perdón no habría sido apropiado, al haberse concedido donde no era debido.

Por ejemplo, si ya te juzgué por haber cometido un pecado, ¿cómo podría

permitir que esa percepción desapareciese? Tal respuesta nunca estaría

justificada porque al mismo tiempo que te perdoné, creyendo que estaba

siguiendo principios espirituales, establecí en secreto la realidad del pecado

al percibir que tú me estabas atacando. Esta solo puede ser una interpretación nacida de mi creencia oculta de que yo he pecado. Este pasaje del libro de ejercicios también habla del perdón-para-destruir:

Cuando te sientas tentado de acusar a alguien de algún pecado, no

permitas que tu mente se detenga a pensar en lo que esa persona hizo,
pues eso es engañarse uno a sí mismo. Pregúntate, en cambio: “¿Me acusaría a mí mismo de eso?” (L-pl.134.9:2-3)
Incidentalmente, de lo que nos acusamos a nosotros mismos puede no ser lo mismo en el nivel corporal de la forma, pero es siempre el mismo contenido de la culpa de la mente por separarnos del amor, que es la fuente de todo juicio y ataque.

(VI.2) El perdón siempre está justificado. Sus cimientos son sólidos. Tú no perdonas lo imper-donable, ni pasas por alto un ataque real que merece castigo. La salvación no reside en que a uno le pidan responder de una manera antinatural que no concuerda con lo que es real. En lugar de ello, la salvación sólo te pide que respondas adecuadamente a lo que no es real, no percibiendo lo que no ha ocurrido. Si el perdón no estuviese justificado, se te estaría pidiendo que sacrificases tus derechos cuando devuelves perdón por ataque. Mas se te pide simplemente que consideres el perdón como la respuesta natural ante cualquier aflicción basada en un error que, por ende, no es más que una petición de ayuda.

El perdón es la única respuesta cuerda, pues impide que tus derechos sean sacrificados.

El único pensamiento natural en el mundo antinatural del ego es el perdón, en el que reconocemos la inherente inutilidad de todas las cosas que se mueven, cambian y mueren. Esta visión es la base para dejar ir la culpa y los resentimientos, la ilusión y la proyección – el significado de la salvación. Nunca perdonamos lo que sucedió, porque ¿qué podría suceder en el perfecto mundo de Dios? Simplemente perdonamos que el Hijo de Dios haya intercambiado la locura por la verdad, sacrificando su unidad.

Así, el milagro da igual respuesta a todas las peticiones de ayuda, ya que la locura llevada a la cordura sólo puede desaparecer en la única respuesta:

que lo falso es falso y que lo que es verdad jamás ha cambiado (LpII.10.1:1; cursiva añadida).

(VI.3) Este entendimiento es el único cambio que le permite al mundo real alzarse para ocupar el lugar de los sueños de terror. El miedo no puede surgir a menos que se justifique el ataque; y si éste tuviese una base real, el perdón no tendría base alguna. El mundo real se alcanza cuando percibes que aquello en lo que el perdón se basa es completamente real y está plenamente justificado. Mientras creas que el perdón es un regalo inmerecido, ello no podrá sino reforzar la culpabilidad que quieres “perdonar”. El perdón que no está justificado es un ataque. Y eso es todo lo que el mundo puede jamás ofrecer.

Puede

que algunas veces perdone a los “pecadores”, pero sigue siendo consciente de que han pecado. De modo que no se merecen el perdón que les concede.

Aceptar la feliz verdad de que solo la verdad es verdad, permite que nuestros sueños de maldad cedan ante la gentil luz del mundo real, la cual

surge en nuestra visión curada. Cuando el ataque ya no es necesario para

defender la ilusión, al reconocerla como una ilusión, desaparece, y el regalo

del perdón de Jesús alborea en la mente que ahora no desea nada más que

su amor. ¿Podría algún resentimiento tener influencia o el falso perdón cruzar nuestras impecables mentes? La visión de Cristo ve a los Hijos de

Dios como uno, primero en la ilusión y luego en la verdad. Sus pecados eran ilusorios pensamientos inofensivos que duraron un instante y luego

desaparecieron en la luz resplandeciente del perdón que abraza la realidad

libre de pecado de la única creación del Cielo.

(VI.4:1) Éste es el falso perdón del que el mundo se vale para mantener

viva la sensación de pecado.

Si acusamos a otros de haber hecho algo que nos lastimó a nosotros o a aquellos con quienes nos identificamos, hemos hecho real el pecado de la separación. Cualquier intento de perdón, por lo tanto, es solo perdón-paradestruir. Sin embargo, como reflejo de la Unidad del Cielo, el verdadero perdón reconoce que nada ha sido hecho porque no se puede hacer nada.

Las ilusiones siguen siendo ilusiones, y el Amor de Dios no cambia por los pensamientos de especialismo, separación y pecado. Más importante aún, ya que Su Amor permanece perfectamente completo dentro de nuestras mentes, está perfectamente completo dentro de todos.

(VI.4:2-9) Y puesto que se considera que Dios es justo, parece imposible que Su perdón pueda ser verdadero. De este modo, el temor a Dios es el

resultado inevitable de considerar que el perdón es algo inmerecido. Nadie que se considere a sí mismo culpable puede evitar sentir el temor de Dios. Pero se salva de este dilema si perdona. La mente tiene que considerar al Creador tal como se considera a sí misma. Si puedes darte cuenta de que tu hermano es digno de perdón, es que has aprendido que tú tienes el mismo derecho a ser perdonado que él. Y no pensarías que Dios tiene destinado para ti un juicio temible que tu hermano no merece. Pues la verdad es que tú no mereces ni más ni menos que él.

Implícitos en lo anterior están los fieles aliados del ego: el pecado, la culpa y el miedo. Nos acusamos de un pecado imperdonable, tan intolerable que lo proyectamos sobre los demás. Esto simplemente refuerza la culpa que exige el castigo de Dios, el vengador supremo a quien solo podemos temer.

Sin embargo, este terrible pensamiento sobre la "justicia" de Dios se inventa

porque el verdadero terror es que Dios no sabe nada de nosotros, ni sabe nada sobre el pecado. Dicho simplemente, Él no sabe nada acerca de nada porque es nada, y es la misma nada de nuestro yo, la cual no podemos aceptar. Para defender esta nada, el ego inventa su historia de pecado y culpa que justifica nuestro temor a la ira de Dios. Para protegernos de nuestro "Enemigo", huimos al mundo y creemos que estamos a salvo. Aun así, somos perseguidos por los demonios de la culpa proyectada, y creemos que están ahí hasta que reconozcamos que tales percepciones son totalmente injustificadas. Nosotros permanecemos para siempre tal como Dios nos creó, en armonía con la creación, nuestro Ser y nuestro Creador. Todos, sin excepción, merecemos el perdón que refleja el amor que es nuestra herencia natural como verdadero Hijo de Dios. (VI.5:1-3) Todo perdón que se considera merecido sana, pues le otorga al milagro la fuerza para pasar por alto las ilusiones. Así es como aprendes que tú también tienes que haber sido perdonado. El perdón-para-destruir significa que el perdón no es merecido: "No te lo mereces, pero en mi bondad, te lo concedo de todos modos". Esto refuerza el pecado en ambos. Sin embargo, el bondadoso perdón del Espíritu Santo deshace tu percepción del pecado porque las ilusiones no tienen ningún efecto. Más, lo que sea de lo que te acuso es una proyección de mi pecado percibido, y al reconocer la naturaleza ilusoria de tu pecado, ésta se generaliza también al mío, perdonándonos felizmente a los dos. (VI.5: 4-7) No hay ninguna apariencia que no pueda pasarse por alto. Pues si la hubiera, sería necesario que primero hubiese algún pecado que estuviese más allá del perdón. Tendría que haber algún error que fuese más que una simple equivocación, un tipo especial de error que fuese inmutable y eterno, y que estuviese más allá de cualquier posibilidad de corrección o escape. Tendría que haber un error capaz

de deshacer la creación, y de construir un mundo que pudiese reemplazarla y destruir la Voluntad de Dios. Sólo si esto fuese posible podría haber algunas apariencias capaces de ser inmunes al milagro y de no ser sanadas por él.

Volvemos al tema que abrió nuestra sinfonía: no hay grados de dificultad en los milagros. Dado que todos los problemas son iguales, todas las correcciones también deben ser iguales. De hecho, por eso nos aferramos a los resentimientos, porque así somos capaces de perdonar a casi todos por casi todo, pero no a todos por todo. Siempre que quede pendiente un resentimiento – un punto de oscuridad para afectar la luz, un pecado para cambiar lo inmutable – hemos afirmado el poder del ego para deshacer la perfecta Unidad de la creación.

(VI.6) No hay prueba más contundente de que lo que deseas es la idolatría, que la creencia de que hay algunas clases de enfermedad y de desdicha que el perdón no puede sanar. Esto quiere decir que prefieres conservar algunos ídolos y que todavía no estás completamente listo para abandonarlos todos. Y así, piensas que algunas apariencias son reales y que no son apariencias en absoluto. No te dejes engañar con respecto al significado de la creencia fija según la cual algunas apariencias son más difíciles de pasar por alto que otras. Pues ello siempre significa que crees que el perdón es parcial y en la que puedes liberarte de la culpabilidad sólo en parte. ¿Qué otra cosa puede significar esto sino que el perdón que te concedes a ti mismo, así como a todos los que parecen estar separados de ti es falso?

Este motivo central de la curación regresa continuamente en nuestra sinfonía: todas las ilusiones son igualmente irreales, por lo que no hay grados de dificultad en su deshacimiento. Esto es válido no solo para los problemas que creemos son más impermeables al milagro, sino también para las personas específicas que creemos que están más allá de la curación

ilimitada del perdón. O todas las ilusiones son ilusiones, o todas las

ilusiones son reales y efectivas. No puede haber término medio en la promesa de la salvación: unidad o separación, verdad o ilusión, visión o juicio. Nunca es ambos. Toda apariencia de pérdida y dolor desaparece ante la realidad de la perfección de la verdad, porque el Hijo de Dios sigue siendo la creación perfecta de la perfecta Voluntad de su Padre. (VI.7:1) Tiene que ser verdad que o bien el milagro cura toda clase de enfermedad o bien no cura en absoluto. Si el milagro no curara la enfermedad en todas sus formas, habría una jerarquía de ilusiones, la primera ley del caos (T-23.II.2). Dado que no hay problemas a nivel de la forma, no importa si el problema es grande o pequeño, una epidemia de SIDA o una astilla en el dedo. Todas las formas son ilusorias porque provienen del pensamiento de separación que es ilusorio. Nuestro maestro necesita que vayamos durante el día viendo la tentación de darle al mundo el poder para enfermarnos o sanarnos, para sentirnos feliz o triste, enojado o alegre. Fragmentar el mundo en fuentes de placer o dolor afirma las leyes del ego, otorgándoles poderes más allá de la omnipotencia, comenzando con el poder de destruir el Cielo. (VI.7:2-5) Su propósito no puede ser juzgar qué formas son reales y que apariencias verdaderas. Si se tuviese que excluir una sola apariencia de la curación, habría una ilusión que formaría parte de la verdad. Y no podrías escaparte totalmente de la culpabilidad, sino sólo en parte. Tienes que perdonar al Hijo de Dios completamente. Perdonar a todos los Hijos de Dios, sin excluir a nadie, es contrario a lo que el ego más enérgicamente defiende, porque significa el final del reinado del ego. Para preservar su reino, el ego parte y fragmenta la unidad del Hijo de Dios, forjando compromisos a cada paso entre la verdad y la ilusión: algunas personas o situaciones son maravillosas, algunas son odiosas y algunas son maravillosas a veces y odiosas en otras. Aunque la

diferenciación y la distinción son armas poderosas en la guerra de separación del ego, las pasamos fácilmente de largo cuando estamos "protegidos" con el milagro y su primer principio.

(VI.7:6) Pues, de lo contrario, conservarás una imagen de ti mismo fragmentada, y seguirás temiendo mirarla en tu interior y encontrar allí tu liberación de todos los ídolos.

El miedo del ego es que, si mirásemos hacia adentro, escaparíamos del panteón de ídolos del ego, ya que no necesitaríamos el especialismo para

protegernos de la culpa que se desvanece en la mente sanada y perdonada.

De ahí la estrategia del ego de mantenernos para siempre sin mente en un

mundo sin mente de cuerpos separados, nuestro hogar "permanente".

(VI.7:7-8) La salvación descansa en la fe de que es imposible que haya algunas clases de culpabilidad que tú no puedas perdonar. Por lo tanto, no hay ninguna apariencia que hubiese podido ocupar el lugar de la verdad con respecto al Hijo de Dios.

Una y otra vez, Jesús vuelve al simple mensaje de la salvación: las ilusiones

no tienen poder sobre la verdad. Dado que el Hijo de Dios no puede ser cambiado por los sueños de muerte impulsados por la culpa, la naturaleza

todo-inclusiva del perdón por lo que nunca sucedió siempre está justificada.

(VI.8:1-4) Contempla a tu hermano con el deseo de verlo tal como es. Y no excluyas ninguna parte de él de tu deseo de que se cure. Curar es hacer íntegro. Y a lo que es íntegro no le pueden faltar partes que se hayan dejado afuera.

La gran tentación es mantener a una parte de los demás fuera de nuestra

voluntad de que sean sanados. Ser curado, a través del perdón, debilita la

creencia del ego de que realmente fabricamos un yo que excluyó a Dios, y

un mundo que asegura que nunca entrará en nuestro reino de especialismo.

Re-creamos esta locura cada vez que excluimos a alguien de nuestro espacio privado, y al no ver la Filiación como un conjunto, mantenemos la

ilusión de que existe nuestro yo especial.

(VI.8:5) El perdón consiste en reconocer esto, y en alegrarnos de que no

haya ninguna forma de enfermedad que el milagro no tenga el poder de

curar.

El perdón es total porque el amor, el cual refleja, es total. La naturaleza todo-inclusiva del milagro sana el pensamiento de que podríamos separarnos de la Unidad perfecta y fragmentar la totalidad del Hijo de Dios.

Las múltiples formas de enfermedad que manifiesta el pensamiento enfermizo de la separación son irrelevantes, y ahí radica el poder curativo

del milagro.

(VI.9:1) El Hijo de Dios es perfecto, ya que de otro modo no podría ser el Hijo de Dios.

Esto no significa que una parte del Hijo de Dios sea perfecta. Significa que

es perfecto como un solo Hijo. El mundo es simplemente un sueño de fragmentación en el que los aparentemente imperfectos Hijos de Dios están

separados. Aunque esto no tiene sentido porque no es nuestra experiencia,

reflejamos esta perfección al no ver a los demás con intereses separados de

los nuestros. Nuestra percepción curada (visión) deshace la creencia del ego

de uno u otro, a medida que aprendemos que la felicidad no puede obtenerse a expensas de otro, como tampoco la paz se puede asegurar haciendo pagar el precio del dolor a otro país. Se nos enseña que la Filiación de Dios es una, y crecemos en esa conciencia al practicar la idea

de que nuestros intereses son compartidos, ya que ellos son nuestros semejantes. Esta idea perfecta abre la mente para recordar la perfección del

Hijo de Dios.

(VI.9:2) Y no lo podrás conocer mientras creas que no merece librarse de todas las consecuencias y manifestaciones de la culpabilidad.

Nuestro hermano merece escapar de la culpa porque nosotros también lo

merecemos. Si elegimos no creer que merece ser libre, es porque queremos retener nuestra culpa y renovar el voto de la mente de ser fieles a los sueños de separación y odio del ego.

(VI.9:3-4) De la única forma que debes pensar acerca de él si quieres conocer la verdad acerca de ti mismo es así:
Te doy las gracias, Padre, por Tu perfecto Hijo, pues en su gloria veré la mía propia.
Esto es lo que Jesús quiere decir con la lección del libro de ejercicios, “El amor es el camino que recorro con gratitud” (L-pl.195). Agradecemos a cada persona y circunstancia por su capacidad de ser la pantalla en la que proyectamos la culpa que nos es desconocida. Como el Espíritu Santo es el reinterprete de nuestras percepciones erróneas de los demás, reconocemos en lo que está fuera de nosotros el espejo de lo que está dentro, ganando así un acceso a la mente inconsciente. Habiendo regresado del lejano país del mundo sin mente, somos libres para identificarnos con la grandeza del Hijo de Dios en lugar de la grandiosidad del ego.

(VI.9:5-6) He aquí la jubilosa afirmación de que no hay ninguna forma de mal que pueda prevalecer sobre la Voluntad de Dios, el feliz reconocimiento de que la culpabilidad no ha triunfado porque tú hayas deseado que las ilusiones sean reales. ¿Y qué es esto sino una simple afirmación de la verdad?

Vuelve el tema de la simplicidad de la salvación. Necesitamos entender, con gentileza y paciencia con respecto al miedo de la mente, cuán relevantes son las palabras anteriores para nuestra vida diaria. Aunque nos hemos esforzado por fragmentar la Filiación, dando a ciertas partes el poder de afectarnos, la Expiación corrige nuestra locura recordándonos en silencio,

que las ilusiones no tienen poder sobre la verdad, la separación no puede

interrumpir el eterno fluir de la Unidad del Cielo.

(VI.10) Contempla a tu hermano con esta esperanza en ti y comprenderás que él no pudo haber cometido un error que hubiese podido cambiar la verdad acerca de él. No es difícil pasar por alto errores a los que no se les ha atribuido efectos. Mas no perdonarás aquello que consideres que tiene el poder de hacer del Hijo de Dios un ídolo. Pues en ese caso él se habrá convertido para ti en una imagen sepulcral y en un signo de muerte. ¿Podría ser eso tu salvador? ¿Podría acaso el Padre estar equivocado con respecto a Su Hijo? ¿No será más bien que te has engañado a ti mismo con respecto a aquel que se te dio

para que lo curases a fin de que tú te pudieras salvar y liberar?

Todo esto se reduce a la simple práctica de mirar a nuestros hermanos sin la

visión distorsionada que el ego nos impone. Los complejos velos del especialismo, las "leyes" del ego que gobiernan estas locas relaciones, están

todas basadas en el pecado, el nuestro y el de los demás. Nuestros socios

especiales son ídolos de la muerte, con los que el ego ha sustituido al Ser

eterno que compartimos con los separados Hijos de Dios. Al volvernos cuerdos, ya no estamos engañados con respecto a la única creación de Dios,

ni a su único Creador. La verdad ha vuelto a nuestras mentes engañadas a

través del perdón que nos salvó de la ilusión.

Ahora miramos más específicamente el milagro, mientras volvemos a "La

realidad inmutable":

(VIII.4:1-2) La realidad es inmutable. Los milagros no hacen sino mostrar que lo que tú has inter-puesto entre la realidad y tu conciencia es ilusorio y que no es en modo alguno una interferencia.

El milagro no hace ni cambia nada, simplemente muestra que somos los

soñadores del mundo de los sueños, y que lo que soñamos no es verdad (T28.I.1:1; T-28.II.4:2; 7:1). La Expiación enseña que nuestros sueños no

tuvieron ningún efecto sobre la verdad, ni que los cambios que parecimos introducir en la mente tampoco afectaron nuestra realidad inmutable como Cristo.

(VIII.5:1-6) Precisamente porque la realidad es inmutable, existe en ella un milagro que sana todas las cosas cambiantes y te las ofrece para que las veas en una forma que te brinda felicidad y que está libre de temor. Se te concederá poder ver a tu hermano de esta manera. Pero no

mientras quieras que sea de otra manera con respecto a ciertas cosas. Pues eso sólo significaría que no lo quieres ver curado e íntegro. El Cristo en él es perfecto. ¿Es esto lo que quieres contemplar?

Una vez más, el milagro no hace nada más que mostrarnos la verdad sanadora, que está presente en el Hijo de Dios debido a su inherente igualdad. Su visión nos permite dejar de ver a nuestros hermanos a través

de los ojos fragmentados del especialismo. Sin embargo, no podemos saber

que somos iguales mientras veamos que los demás tienen el poder de afectarnos. Respondemos "sí" a la pregunta de Jesús - "¿Deseas ver a nuestros hermanos como a mí?" - si elegimos vernos curados juntos, y "no"

si preferimos reforzar el sistema de pensamiento de separación, juicio y ataque del ego.

(VIII.5:7) No dejes entonces que haya sueños acerca de él que tú prefieras ver en lugar del Cristo en él.

Estos son los sueños de especialismo en los que elegimos a otro como el

villano. Este "otro", ya sea una persona, objeto o microorganismo, ahora

tiene el poder de afectarnos, es decir, a nuestros cuerpos. Incluso cuando

parece que nosotros obtenemos lo que queremos, esto no es algo permanente. Además, conservamos nuestro odio hacia otros porque creemos que lo que finalmente obtuvimos de ellos era nuestro, y lo necesitábamos sólo porque ellos primero nos lo habían quitado. Esta locura

refleja la cuarta y quinta ley del caos del ego (T-23.II.9-12), y actúa como

una contramedida aparentemente exitosa a los felices sueños de perdón del Espíritu Santo.

(VIII.5:8-9) Y verás al Cristo en él porque permitiste que Él viniera a ti. Y cuando Él se te haya aparecido, tendrás la certeza de que eres como Él, pues Él es lo inmutable en tu hermano y en ti.

Estas palabras hacen eco de un hermoso pasaje de la primera carta de Juan,

una de las escrituras favoritas de Helen:

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. (1 Juan 3:2-3)

La referencia de Juan, por supuesto, es a Jesús, que cuando aparezca nos

daremos cuenta de que somos como él. El pasaje aquí, y en las siguientes

líneas, está adaptado para significar que la forma en que vemos a los demás

es la forma en que elegimos vernos a nosotros mismos, a través de los ojos

de la visión o el juicio: el Cristo eterno e inmutable o el ego inconstante y efímero.

(VIII.6:1-3) Eso es lo que contemplarás cuando decidas que no hay ninguna apariencia que prefieras conservar en lugar de lo que tu hermano realmente es. No dejes que la tentación de preferir un sueño permita que la incertidumbre se presente ahí. No te sientas culpable y temeroso cuando un sueño acerca de lo que él es te tienta.

Recordemos al antepasado temporal de Jesús, Platón, quien enfatizó la diferencia entre apariencia y realidad, y cuya sabiduría se repite en este

curso. Jesús nos pide que decidamos no dejar que la apariencia de nuestros

hermanos nos engañe en cuanto a la realidad de su Ser, y que al escuchar su

verdad nos volva-mos contra la tentación de escuchar las mentiras del ego.

Esta necesidad de hacer que los demás formen parte de nuestros sueños

ilusorios, expresa el deseo de ver el sueño como real y luego responsabilizarlos por él. Semejante tentación no es un pecado que merezca

la muerte, sino un error que Jesús corrige amorosamente por nosotros. (VIII.6:4-6) Pero no le atribuyas a ese sueño el poder de reemplazar lo inmutable en tu hermano en la percepción que tienes de él. No hay falsa

apariciencia que no desaparezca, si en lugar de ella pides un milagro. No hay dolor del que no se pueda liberar, sólo con que desees que él sea lo

que no puede sino ser.

Esta libertad del dolor existe solo en la percepción de la mente.

Aunque no

significa necesariamente que otros aceptarán conscientemente la curación y

ni experimentarán esta liberación, significa que las formas en que los atacamos al verlos como reales, positiva o negativamente, desaparecerá de

la mente porque provino solo de la auto-percepción defectuosa de esa mente. Cuando estamos en la mentalidad-correcta, nuestra indefensa presencia les dice a los demás que pueden tomar la misma decisión curativa

que nosotros. Esto les permite la libertad de elegir aceptar esta sanación en

cualquier punto de su camino de Expiación.

(VIII.6:7-9) ¿Por qué habrías de temer ver a Cristo en él? Pues en todo lo que ves no haces sino contemplarte a ti mismo. Y conforme él sane, tú te liberarás de la culpabilidad, pues lo que él aparenta ser es la imagen que tú tienes de ti mismo.

Tememos ver al Cristo en los demás porque esto los absolvería de nuestros

pecados proyectados, y al mismo tiempo se perdonarían los nuestros. Esto

haría que nuestro yo especial desapareciera, y en lugar de perder este especialismo al dejar que se metamorfosee en el Ser libre de pecado,

elegimos mantener nuestro pecado poniéndolo en otros y culpándolos por nuestra infelicidad y miseria.

Volvemos ahora al tema del propósito con la sección "El único propósito":

(V.1:1) El mundo real es el estado mental en el que el único propósito del mundo es perdonar.

El mundo real no es un lugar. Es el estado de la mente curada en el que

hemos elegido, de una vez por todas, que el Espíritu Santo sea nuestro Maestro. Como nuestro Consejero, nos ayuda a mirar a través de Sus ojos

para que no percibamos los diferentes propósitos del mundo, las numerosas

formas en las que satisfacemos nuestras necesidades especiales obtenidas a

expensas de los demás, tratando al mismo tiempo de evitar que ellos hagan

lo mismo con nosotros. Habiendo llegado hasta aquí, nos damos cuenta de

que nuestro único propósito para estar aquí es aprender a perdonar. Dado

que el perdón es una forma terrenal de la unidad indiferenciada del amor del

Cielo (L-pl.186.14:2), el ego y su especialismo deben desaparecer cuando

nuestra curación esté completa.

(V.1:2-3) El miedo ha dejado de ser el objetivo, pues escapar de la culpabilidad se ha convertido ahora en la meta. Se reconoce el valor del

perdón, que pasa a ocupar el lugar de los ídolos, los cuales dejan de perseguirse porque ya no se les atribuye ningún valor a sus "regalos".

Uno de los propósitos de Jesús para su curso es convencernos de que nuestros ídolos de amor y odio no tienen valor. Él logra esto mostrándonos

cómo nuestras relaciones especiales refuerzan la culpa, la cual inevitablemente conduce al dolor. Estos ídolos de especialismo, dicho sea

de paso, incluyen no sólo personas y objetos, sino también adoración a los

problemas. No hay ninguna diferencia para el ego si idolatramos nuestro propio cuerpo dañado o el de otro, siempre y cuando permanezcamos sin mente y seguros de que los problemas provienen del mundo. Este reconocimiento de la falta de valor del sistema de pensamiento de la culpa y el odio cambia nuestras percepciones, y es el feliz resultado cuando elegimos a nuestro amado hermano como nuestro maestro en lugar del ego.

Volvemos al mundo real con Jesús describiéndonos sus características: (V.1:4) No se establecen reglas fútiles, ni se le exige a nada ni a nadie que cambie y se amolde al sueño de miedo.

Esto describe sucintamente nuestras vidas en el sueño de miedo del ego.

Manipulamos a los demás para que alivien nuestra culpa, pero en secreto

esperamos que no logren satisfacer nuestras demandas para que podamos

estar justificados en odiarlos, culpándolos de nuestro malestar. Tal especialismo refuerza el sistema de pensamiento del ego, dejándonos atrapados en su círculo vicioso de culpa y proyección. Además, el mismo

juego que jugamos con nuestros socios especiales, ellos lo juegan con nosotros. Esta es la razón por la que las relaciones nunca realmente funcionan aquí. Diseñadas para no traer felicidad genuina a nadie, apoyan el

objetivo del ego de destruir el amor fortaleciendo la creencia de que la culpa, el sacrificio y el dolor son salvíficos.

(V.1:5-6) Por el contrario, hay un deseo de querer comprender todas las cosas creadas tal como realmente son. Y se reconoce que todas las cosas

tienen que ser primero perdonadas, y luego comprendidas.

No hay forma de que podamos comprender nada hasta que liberemos los

bloqueos que nos impiden la verdadera comprensión. Estas barreras son los

pensamientos de culpa que exigen que el cuerpo se vuelva real como una

defensa, incluido el cerebro que se hizo específicamente para no

comprender que todos los problemas provienen de las decisiones equivocadas de la mente tomadora de decisiones. Mientras la decisión por el ego permanezca intacta, nunca podremos lograr una verdadera comprensión. Solo el perdón puede liberarnos de esta "a prueba de todo" prisión de culpa y juicio (aunque no "a prueba de Dios") (T-5.VI.10:6). (V.2:1-7) En este mundo se piensa que el entendimiento se consigue mediante el ataque. En el mundo real es evidente que atacando es como se pierde, y se reconoce claramente la insensatez de tener como objetivo a la culpabilidad. En dicho mundo no se desean los ídolos, pues se entiende que la culpabilidad es la única causa de cualquier dolor. Nadie sucumbe ante su vana atracción, pues el sufrimiento y la muerte se han percibido como cosas que ya no se desean y por las cuales no vale la pena esforzarse. Se ha vislumbrado la posibilidad de liberación y se le ha dado la bienvenida, y ahora por fin se comprenden los medios por los que puede alcanzarse. El mundo se convierte en un lugar de esperanza porque su único propósito es ser un lugar donde la esperanza de ser feliz pueda ser colmada. No hay esperanza en el mundo, a pesar de lo que nos dice el ego. La única esperanza del mundo radica en que aquí no hay esperanza porque el mundo es la proyección de la desesperanza del ego. Hay genuina esperanza en nuestras mentes, sin embargo, cuando decidimos contra esta desesperanza y elegimos al Espíritu Santo como nuestro Maestro. En esa única decisión de salvación vamos más allá de los fútiles sueños de culpa y ataque, reconociendo que no tienen nada que queramos. ¿Quiénes, excepto los locos, elegirían el dolor de la muerte cuando se les ofrece la gozosa promesa de la vida eterna? Al ya no estar enojados por la culpa, elegimos la razón en lugar de la locura y nos identificamos con la única esperanza posible. La felicidad ahora es libre para volver al Hijo de Dios que una vez

creyó sufrir, liberándolo de la idea de que el dolor era un desierto justo por sus pecados.

(V.2:8) Y nadie está excluido de esta esperanza porque todos se han unido en la creencia de que el propósito del mundo es uno que todos tienen que compartir, si es que dicha esperanza ha de ser algo más que un simple sueño.

Nadie está fuera del principio de Expiación, que dice que la unidad del Hijo

de Dios no ha sido fragmen-tada. Para que nuestras mentes sean sanadas,

todo lo que se necesita es que compartamos el propósito de sanar con todos

y con todo, deshaciendo el mito de separación y diferenciación del ego.

Recordamos que solo se necesita un maestro de Dios para salvar al mundo:

nosotros. Quien esté leyendo esas palabras en el manual (M-12.1) aprenderá

que el único maestro de Dios que se necesita para la salvación es el mismo

lector. Cuando nuestras mentes están sanadas, entendemos que este maestro

abrazo a la Filiación como un todo, sin que nadie esté excluido de compartir

la segura esperanza de la Expiación.

(V.3) Aún no se recuerda el Cielo totalmente, pues el propósito del perdón todavía necesita alcan-zarse. Sin embargo, todo el mundo está seguro de que irá más allá del perdón y de que sólo seguirá aquí hasta que éste se perfeccione en él. Ése es su único deseo. Todo temor ha desaparecido porque él está unido a sí mismo en su propósito. Su esperanza de felicidad es tan segura y constante que apenas puede seguir esperando aquí por más tiempo con sus pies aun tocando la tierra. Aun así, se siente feliz de poder esperar hasta que todas las manos se hayan unido y todos los corazones estén listos para elevarse e

ir con él. Pues así es como se prepara para dar el paso con el que se trasciende el perdón.

Aunque el perdón está fuera del Cielo, es necesario siempre que creamos en

la culpa, la cual mantiene el recuerdo de Dios escondido detrás de su velo.

Esperamos con gusto que la unidad regrese a la santa mente del Hijo, porque al haber alcanzado el mundo real, estamos libres de las cadenas del

mundo temporal de los sueños del ego, porque ¿qué es el tiempo sino un

dispositivo para aprisionarnos en la culpa? Cuando hayamos aceptado la

verdad de la Expiación, y el perdón haya limpiado la mente de sus ilusiones, el pensamiento de curación se libera para bendecir a toda la creación que todavía cree en la separación. Con alegría, nos preparamos

para el paso final de Dios:

(V.4:1-2) El paso final lo da Dios porque únicamente Él pudo crear un Hijo perfecto y compartir Su Paternidad con él. Nadie que no se encuentre en el Cielo puede entender esto, pues entenderlo es en sí el Cielo.

El perdón no nos lleva a casa, sino que simplemente invierte la escalera del

ego que la separación nos hizo descender. Al ayudarnos a elegir contra el

ego, a través del milagro y la salvación, se cancela la interferencia de nuestro especialismo puesta entre nosotros y la verdad. Jesús nos está instruyendo de que no podemos entender la realidad o cómo funciona el

perdón, pero podemos entender que seremos más felices cuando perdonemos. No se requiere nada más para nuestro regreso al Cielo que

nunca abandonamos.

(V.4:3-5) Incluso el mundo real tiene un propósito que se encuentra por debajo de la creación y de la eternidad. Pero el miedo ha desaparecido de él porque su propósito es el perdón, no la idolatría. Y así, el Hijo del Cielo está listo para ser quien es, y para recordar que el Hijo de Dios sabe todo lo que su Padre entiende y que lo entiende perfectamente junto con Él.

El mundo real es el estado en el que nuestras mentes se curan permanentemente de la loca creencia en la separación. Sabemos que hay un

sueño, pero sabemos también que nuestra realidad está fuera de él; el estado

alcanzado por Jesús y todos los seres iluminados. Sus formas pueden parecer estar aquí, pero entendemos que su realidad está más allá del sueño,

totalmente ajena al mundo de las ilusiones. Sin embargo, a diferencia de

Dios, Quien no sabe nada del sueño, aquellos en el mundo real necesitan un

paso más – el paso final de Dios – para completar el viaje. Este "paso" es

una metáfora que marca el final del sueño en el que todo desaparece, porque ya no hay un yo individual que sea consciente de la irrealidad.

(V.5) El mundo real ni siquiera se aproxima a eso, pues ése es el propósito de Dios, y sólo de Dios, si bien se comparte totalmente y se logra perfectamente. El mundo real es un estado en el que la mente ha aprendido cuán fácilmente desaparecen los ídolos, que, aunque todavía

se perciben, ya no se desean más. ¡Cuán fácilmente los puede abandonar la mente que ha comprendido que no son nada, que no están en ninguna parte y que no tienen ningún propósito! Pues sólo entonces se puede entender que el pecado y la culpabilidad no tienen propósito alguno y que no significan nada.

Cuando entendemos que el mundo no es más que un sueño ocioso, la mente

deja ir a sus ídolos. Nos damos cuenta de que el propósito del pecado y la

culpa es reforzar el sueño de separación en el que el héroe es nuestro yo

individual. Sin embargo, sin creer en la realidad del sueño y sin el deseo de

permanecer en él, el pecado y la culpa son insignificantes y se desvanecen.

El propósito de la creación de Dios se convierte en la única verdad y gozo

del Hijo reina supremo en el Reino porque su hijo pródigo está en su hogar.

(V.6:1-2) De esta manera es como el propósito del mundo real se lleva dulcemente hasta tu conciencia para que reemplace al objetivo de pecado y culpabilidad. Y el perdón purifica felizmente todo lo que se

interponía entre tu imagen de ti mismo y lo que realmente eres. Vemos de nuevo que el perdón no hace nada más que mirar la ilusión sin juzgarla. En su gentil percepción, el mundo de la ilusión se desvanece, y la mente se limpia de culpa en la alegría de la curación.

(V.6:3-5) Sin embargo, Dios no necesita crear a Su Hijo nuevamente para que a éste se le restituya lo que es suyo. Jamás existió brecha alguna entre tu hermano y tú. Y el Hijo de Dios volverá a saber lo que supo cuando fue creado.

Todo lo que sucede es que aceptamos el mensaje de la Expiación de Jesús

de que la separación fue un aberrante e ilusorio pensamiento. No se debe

hacer nada porque el conocimiento que el Hijo de Dios tuvo en la creación

nunca se fue de él. Sin embargo, mientras dormía, el Espíritu Santo mantuvo la Expiación a salvo y extendió su curación a lo largo de la Filiación, esperando pacientemente su segura aceptación.

(V.7:1-2) Cuando dos o más hermanos comparten un mismo propósito en el mundo del miedo, se encuentran ya en el umbral del mundo real. Puede que aún miren atrás y piensen que ven un ídolo que desean. El tema de “mirar atrás” tiene importantes antecedentes bíblicos y mitológicos. Por ejemplo, la esposa de Lot miró hacia atrás y se convirtió

en una estatua de sal (Génesis 19:26; ver también las palabras de Jesús en

Lucas 9:62); a Orfeo se le dijo que no se volviera para mirar a Eurídice, y

cuando lo hizo, ella murió; los que miraron la cara de Medusa y no se dieron vuelta, se convirtieron en piedra. Este motivo recorre el resto de la

sección, en la que Jesús nos dice que no miremos atrás al ego mientras ascendemos por su escalera del perdón: “No seas tentado por los ídolos de

la culpa, el miedo y el odio. No intentes analizar de dónde vienes, ni pensar

sobre hacia dónde te diriges. Simplemente toma mi mano y sigue mis instrucciones diarias para elegir el milagro y perdonar”. Para acabar con el

sueño del sufrimiento, nuestro hermano mayor nos pide que busquemos su ayuda para percibir que las relaciones son espejos de la decisión de la mente y no un medio para completarnos a nosotros mismos; reconociendo los intereses compartidos en lugar de separados como nuestro único propósito para estar en este mundo ilusorio de pecado y miedo.

(V.7:3-5) Mas su trayectoria ha sido ya firmemente fijada en dirección contraria a la de los ídolos: hacia la realidad. Pues cuando se dieron la mano, fue la mano de Cristo la que tomaron, y contempla-rán a Aquel de cuya mano van asidos. La faz de Cristo se ve antes de que el Padre se pueda recordar.

Esta es nuestra fórmula: vemos la faz de Cristo en nuestros hermanos y recordamos a Dios. Nosotros recordamos a nuestro Padre y a nuestro Ser

aprendiendo que no hay barreras de intereses separados para mantener al

Hijo dividido. La faz de Cristo simboliza la inocencia que se restaura a nuestra conciencia cuando perdonamos. Por lo tanto, perdonamos a nuestros

socios en el especialismo no por lo que han hecho, sino por lo que no han

hecho. No nos han quitado la inocencia, ni nosotros a ellos, porque nada se

ha interpuesto entre nosotros y el Amor de Cristo, el impecable Hijo de Dios.

(V.7:6-8) Pues Éste permanece en el olvido hasta que Su Hijo haya llegado más allá del perdón hasta el Amor de Dios. El Amor de Cristo, no obstante, se acepta primero. Y entonces aflora el conoci-miento de que Ambos son uno.

La llegada del conocimiento es el paso final de Dios, el cual está más allá

de nuestra preocupación. Antes se nos dijo que la paz es el objetivo de este

curso, no el conocimiento (T-8.I.1:1-2), y la paz llega inevitablemente cuando perdonamos al Hijo de Dios. A esto le sigue inmediatamente el recuerdo de que Dios y Cristo son uno, eternamente unidos en Su Amor.

(V.8) ¡Cuán fácil y ligero es el paso que te saca de los estrechos confines del mundo del miedo una vez que has reconocido de Quien es la mano de la que vas asido! Tienes a mano todo lo necesario para poder alejarte del miedo para siempre con perfecta certeza, y para seguir adelante y llegar cuanto antes a las puertas del Cielo. Pues Aquel de Cuya mano vas asido sólo estaba esperando a que te unieses a Él. Y ahora que has venido, ¿se demoraría Él en mostrarte el camino que debe recorrer contigo? Su bendición descansa sobre ti tan indudablemente como el Amor de Dios descansa sobre Él. Su gratitud hacia ti sobrepasa tu entendimiento, pues tú le has permitido liberarse de sus cadenas para que juntos os dirijáis a la morada de Su Padre. Uno puede imaginarse el gozo de Jesús al cantarnos sobre el fin del dolor.

La elección siempre fue nuestra, y tomando su mano somos conducidos felizmente a través de sueños de terror a la bendición del amor del Cielo, que es la nuestra propia. Y con nosotros van todos los que compartieron estos sueños que parecían aprisionarnos en las cadenas de desesperación y dolor. Ahora han desaparecido, y su lugar ha sido ocupado por las manos

unidas y agradecidas que nos llevan a casa juntos como un solo Hijo.
(V.9:1) Un viejo odio está desapareciendo del mundo.

En "Pues Ellos han Llegado" (T-26.IX) Jesús habla de un "viejo odio". La palabra viejo como aparece aquí y anteriormente, no se refiere al sueño del

mundo, sino al odio de la mente que existía en el instante ontológico, fuera

del tiempo, cuando el Hijo de Dios eligió la separación en lugar de la unidad. Entonces nació el odio en el mundo, un odio que ahora está llegando a su fin a través de nuestro perdón, fortaleciéndonos a medida que

subimos la escalera con Jesús como nuestro maestro, guía y amigo.

(V.9:2-3) Y con él va desapareciendo también todo miedo y rencor. No vuelvas la vista atrás, pues lo que te espera más adelante es lo que siempre anhelaste en tu corazón.

La idea de no mirar atrás significa no mirar con los ojos del ego, Jesús nos dice: "No te dejes tentar por las mentiras que te diga el ego para enraizarte en el sueño. Todos reflejan distintos aspectos de especialismo y dolor, los cuales mantienen a la Filiación dividida dentro de sí misma y separada de su Fuente. Sin embargo, todo lo que tu corazón deseaba verdaderamente era estar en paz en tu hogar en Dios".

(V.9:4-12) ¡Renuncia al mundo! Pero no con una actitud de sacrificio, pues nunca lo deseaste. ¿Qué felicidad que jamás buscaste en él no te ocasionó dolor? ¿Qué momento de satisfacción no se compró con monedas de sufrimiento y a un precio exorbitante? La dicha no cuesta nada. Es tu sagrado derecho, pues por lo que pagas no es felicidad. ¡Qué la honestidad te acelere en tu camino, y que al contemplar en retrospectiva las experiencias que has tenido aquí no te dejes engañar! Por todas ellas hubo que pagar un precio exorbitante y sufrir penosas consecuencias.

No se nos dice que abandonemos el mundo porque sea malvado, sino porque reconocemos su inherente nada. En última instancia, entendemos

que no ofrece nada porque es nada, por lo que el concepto del sacrificio no

tiene sentido. ¿Qué se podría sacrificar si eso no se desea, y mucho menos

si no existe? ¿Qué se perdería cuando sólo el engañoso mundo del dolor y

el sufrimiento era nuestra realidad, y su lugar es con gratitud tomado por la

verdad del gozo del Cielo?

(V.10:1-4) No mires atrás excepto con honestidad. Y cuando un ídolo te tienta, piensa en lo siguiente:

Jamás te dio un ídolo cosa alguna, excepto el "regalo" de la culpabilidad. Cada uno de ellos se compró con la moneda del dolor, y nunca fuiste tú solo quien pagó por él.

El costo de la culpa no está solo en nosotros sino en todos, porque compartimos el mismo dolor y lo reforzamos en cada uno cuando lo

abrazamos en nosotros mismos. La honestidad que Jesús nos pide es admitir que nuestro deseo por el dolor que trae el especialismo nos permite señalar con el dedo acusador a otro, y, por lo tanto, escapar del castigo por nuestro pecado. Satisfacer esta necesidad es la atracción subyacente de la relación especial, cuyos "regalos" de culpa y dolor ya no queremos. (V.10:5-8) Sé, pues, misericordioso con tu hermano. Y no aceptes nunca un ídolo irreflexivamente, ni te olvides de que tu hermano pagará el costo al igual que tú. Pues se demorará cada vez que tú vuelvas la vista atrás y no percibas de Quien es la amorosa mano de la que vas asido. Mira, pues, sólo hacia adelante; y camina lleno de confianza con el corazón latiendo felizmente con esperanza y no palpitando con temor. Queremos ser misericordiosos con los demás porque queremos ser misericordiosos con nosotros mismos. Si ellos pagan el costo, nosotros también debemos hacerlo porque somos uno en el odio y uno en la misericordia. Recuerda que mirar atrás significa volvernos hacia nuestros "amigos" – la culpa, el miedo, el ataque y el dolor – y mirar hacia adelante significa tomar la mano de Jesús y subir la escalera del perdón llenos de esperanza. Ya hemos visto que, si bien no podemos elegir el ego por los demás, podemos reforzar su mentalidad-errada, la cual nos cuesta a todos la paz que es nuestra herencia natural y nuestro único gozo. (V.11:1-2) La Voluntad de Dios reside para siempre en aquellos cuyas manos están unidas. Hasta que se unieron, pensaban que Él era su enemigo. Esto simboliza el cambio en nuestro sistema de pensamiento que se produce cuando elegimos al Maestro que dice que no podemos despertar del sueño por nosotros mismos, a expensas de otro, porque la roca sobre la que

salvación descansa es que nadie pierde y todos ganan (T-25.VII.12).

Cuando nos mantenemos separados de otros, hacemos real la separación y

esto nos recuerda el pecado ontológico que exigió que seamos castigados

por Dios, nuestro enemigo mortal.

(V.11:3-5) Mas cuando se unieron y compartieron un mismo propósito, les fue posible entender que su voluntad es una. Y así, la Voluntad de Dios no puede sino llegar hasta sus conciencias. Y no van a poder seguir olvidándose por mucho más tiempo de que no es sino la suya propia.

Recordamos la unidad de nuestra voluntad con la de Dios al no ver los intereses de los demás como separados de los nuestros propios.

Aunque no

podamos conocer la Voluntad de Dios mientras estamos en el mundo, sí

podemos conocer Su reflejo, y comprender cómo este es el medio para nuestro regreso a casa. Recordamos que nos sentimos mejor cuando renunciamos a ver a los demás como enemigos, reconociendo que ni la felicidad ni el dolor provienen de fuera de la mente. Al saber que todos ascendemos juntos por la escalera del despertar, tal como descendimos

juntos al infierno, aceptamos con gusto los pasos del perdón que damos con

Jesús. Al final de la escalera recordamos que no somos pensamientos separados, habiendo compartido no solo un propósito común sino un ser en

común. Este recuerdo nos lleva por completo más allá del mundo de los

ídolos al único Ser que compartimos y que somos.

Conclusión.

Para concluir este movimiento, volvemos a "Más allá de todo ídolo", que

esboza maravillosamente lo que podemos esperar cuando reconocemos que

somos un Pensamiento en la Mente de Dios, un Pensamiento que nunca ha

abandonado su Fuente:

(III.8) Los Pensamientos de Dios están mucho más allá de cualquier posibilidad de cambio y su resplandor es eterno. No están esperando a

nacer, sino a que se les dé la bienvenida y se les recuerde. El Pensamiento que Dios abriga de ti es como una estrella inmutable en un firmamento eterno. Se encuentra tan alto en el Cielo que aquellos que se encuentran fuera del Cielo no saben que está allí. No obstante, brillará por toda la eternidad sereno, puro y hermoso. En ningún momento ha dejado de estar allí, ni ha habido jamás un instante en que

su luz se haya atenuado o haya perdido su perfección.

Solo esta es nuestra verdad: el espíritu eterno del Hijo de Dios es inmutable

para siempre. Su brillante realidad en Dios espera pacientemente nuestra

decisión de despertar de los sueños pasajeros de la mortalidad. Como dice

el texto: “El amor espera la bienvenida, pero no en el tiempo...”

(T13.VII.9:7).

(III.9) El que conoce al Padre conoce esta luz, pues Él es el eterno firmamento que la mantiene a salvo, por siempre elevada y firmemente

anclada. La perfecta pureza de esa luz no depende de si se ve en la tierra o no. El firmamento la envuelve y la mantiene dulcemente en su perfecto lugar, el cual está tan lejos de la tierra como la tierra lo está del Cielo. No es la distancia ni el tiempo lo que hace que esta estrella sea invisible desde la tierra. Mas aquellos que andan en pos de ídolos no pueden saber que la estrella está ahí.

Jesús nos recuerda que la experiencia de separación de nuestra Fuente es

solo un sueño ocioso que en nuestra locura elegimos creer en él. Sin embargo, esta locura no tuvo ningún efecto en nuestra realidad como el

perfecto Pensamiento del Amor de Dios, mantenido seguro en la luz resplandeciente del Ser de nuestro Creador, el firmamento Celestial que

sostiene la única estrella de Dios para siempre en Su Corazón.

(III.10) Más allá de todo ídolo se encuentra el Pensamiento que Dios abriga de ti. Este Pensamiento no se ve afectado en modo alguno por la

confusión y el terror del mundo, por los sueños de nacimiento y muerte que aquí se tienen, ni por las innumerables formas que el miedo puede adoptar, sino que sin perturbarse en lo más mínimo, sigue siendo tal

como siempre fue. Rodeado de una calma tan absoluta que el estruendo

de batallas ni siquiera llega hasta él, dicho Pensamiento descansa en la certeza y en perfecta paz. Tu única realidad se mantiene a salvo en él, completamente inconsciente del mundo que se postra ante ídolos y no conoce a Dios. El Pensamiento que Dios abriga de ti, completamente seguro de su inmutabilidad y de que descansa en su eterno hogar, nunca ha abandonado la Mente de su Creador, al que conoce tal como su Creador sabe que dicho Pensamiento se encuentra en Su Propia Mente.

La realidad inmutable de la estrella del Cielo está para siempre a salvo de

los locos sueños de desesperanza y muerte del ego. Como el Pensamiento

que es nuestro Ser nunca ha abandonado su Fuente, ¿cómo podría un mundo inexistente que nunca abandonó su fuente inexistente, afectar nuestra perfecta paz? Dicho sea de paso, este párrafo sirvió como inspiración para "Despierta en calma", uno de los poemas más hermosos de

Helen (The Gifts of God, p.73).

(III.11) ¿Dónde podría existir el Pensamiento que Dios abriga de ti sino dónde tú te encuentras? ¿Podría acaso tu realidad ser algo aparte de ti y encontrarse en un mundo que le es completamente desconocido?

Fuera de ti no hay firmamento eterno, ni estrella inmutable, ni realidad alguna. La mente del Hijo del Cielo, en el Cielo está, pues ahí la Mente del Padre y la del Hijo se unieron en la creación, la cual no tiene fin. Tú no tienes dos realidades, sino una sola, y no puedes ser consciente más

que de una. Tu realidad es o bien un ídolo, o bien el Pensamiento que Dios abriga de ti. No olvides, por lo tanto, que los ídolos tienen que mantener oculto lo que tú eres, no de la Mente de Dios, sino de la tuya. La estrella sigue brillando y el firmamento jamás ha cambiado. Mas tú, el santo Hijo de Dios, no eres consciente de tu realidad.

Nos hemos estado preparando durante mucho tiempo para la consumación

del viaje en el Capítulo 31, cuando por fin recordamos Quiénes somos, olvidando el mundo dualista de separación, pérdida y muerte del ego. Mirando una vez más a los ídolos del especialismo, decimos y significamos: "Esto es una locura". Nuestras ilusiones suavemente se desvanecen en la nada, dejando solo el Pensamiento que Dios tiene de

nosotros como verdad – "La mente del Hijo del Cielo, en el Cielo está".
Estamos casi en casa, donde la estrella radiante del Amor de Dios ha
permanecido en silencio hasta que nuestros ojos pudiesen abrirse a su
Ser

eterno. Estamos listos para el movimiento final de nuestra sinfonía, la
visión última que atraviesa los velos finales de la ilusión hacia la
verdad de
nuestra realidad.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.